

# CRISTIANDAD



# 123

## RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO VI

1 MAYO

1 9 4 9

En los números 24 y 31 nos ocupamos del liberalismo económico y del comunismo ateo, ramas, aunque divergentes, de un mismo tronco: la independencia del orden económico con respecto al orden moral. Pero CRISTIANDAD aspira a una labor, no sólo de crítica, sino constructiva: la difusión del ideal religioso social del Reino de Cristo, que es a la vez natural y sobrenatural. Por esto, y como premisa obligada para otros números, dedica el presente a hacer resaltar la importancia, más aún la necesidad, de lo sobrenatural, del «contacto con lo eterno», para sacar a la sociedad de la trágica situación a que la ha conducido aquel doble naturalismo.

Ante los amargos frutos de aquellos sistemas, que pretenden alcanzar el bienestar social sin la Iglesia, sin Jesucristo y sin Dios, inspirados sólo en la voluntad y la razón humana, «hoy más que nunca» es preciso proclamar la necesidad de las fuerzas sobrenaturales, sin las que «las mismas armas de la prudencia humana valdrían muy poco».

«Solamente Cristo» puede curar al mundo del ansia insaciable de bienes sin límite, allanar el camino hacia una libertad noble y disciplinada, y sacar al género humano de las angustias sin nombre que lo atormentan.

EDITORIAL: **Salvar los principios** (pág. 193).

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR: **Bajo el signo de la «Annum Sacrum»** (pág. 195).

PLURA UT UNUM: «**Sin Mi nada podéis hacer**» (Io. XV, 5), por Pedro Basil (págs. 196 y 197); **Lo sobrenatural y el Estado**, por José M.<sup>a</sup> Murall, S. I. (págs. 198 y 199); **Lo sobrenatural y el problema social**, por J. M. Martínez-Mari (págs. 200 a 202); **Hermandad de Cristo trabajador: Una idea y un hecho**, por Juan Soler de Morell, S. I. (págs. 204 a 207); **Del «Diari íntim» de Francisco Soliguer** (págs. 208 a 210).

DEL TESORO PERENNE: **Discursos de S. S. a los Delegados de la Comisión de la Oficina Internacional del Trabajo y a los obreros de la Civita Castellana** (págs. 211 y 212).

A LA LUZ DEL VATICANO: **El martirio de China, II**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 213 y 214).

ORIENTACIONES BIBLIOGRÁFICAS: **Filosofía de la conquista**, por Luis Luna (pág. 215).

DE ACTUALIDAD: **La masonería mejicana reivindica para la secta la inspiración de las revoluciones modernas**, por J. O. C. (pág. 216).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.<sup>a</sup> Serra Goday y Joaquín Mascaró.



# CATOLICISMO O BARBARIE

- Recuerde este título
- Un libro de más de 200 páginas
- CATOLICISMO  
O BARBARIE

¡Próxima aparición!

## *La Inquisición*

J. M. Orti Lara

Precio especial para nuestros suscriptores  
10 pesetas



## *Historia de las sociedades secretas*

en 3 tomos  
Vicente de la Fuente

Precio especial para nuestros suscriptores  
45 pesetas los 3 tomos



Pídalos en nuestra Administración

# « MANRESA »

Revista trimestral de Investigación e información ascética y mística  
dirigida por PP. de la Compañía de Jesús

## NUEVA ORGANIZACION

CONSEJO DE DIRECCION: P. J. A. de Aldama (Granada); P. T. Arellano (Pamplona);  
P. J. Calveras (Barcelona-Sarriá); P. E. Hernández (Comillas);  
P. M. Nicolau (Granada); P. J. Olazarán (Oña).

SECRETARIADO: José Calveras, S. I., Dr. Amigant, 14, Barcelona.

ADMINISTRACION: Librería Religiosa, Aviñó, 20, Barcelona.

## PROGRAMA

Ascética y mística general.—Ascética y mística ignaciana.—Ejercicios de S. Ignacio.—Bibliografía hispano-americana de espiritualidad.—Bibliografía general de Ejercicios.—Crónica de espiritualidad.—Crónica de Ejercicios.—Investigación.—Información.—Alta vulgarización.—Orientaciones.

PRECIO: Suscripción para 1949; España y naciones del Convenio postal, 50 pesetas. Demás naciones, 60 pesetas. Número suelto, 14 pesetas. Número atrasado, 16 pesetas.

# CRISTIANDAD

NÚMERO 123-AÑO VI

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446

BARCELONA

1 de Mayo de 1949

Genz, 1, 1.º - Teléf. 226675

MADRID

## Salvar los principios

*Aquel genio de la paradoja que fué un día Gilbert K. Chesterton (el hombre cuyo mayor triunfo fué que se le tolerase la ironía en servicio, precisamente, de la verdad y del bien) titula uno de sus capítulos del modo siguiente: «Hace falta un hombre que no sea práctico».*

*«En nuestro tiempo — escribe — se ha producido una idea muy singular, la idea de que cuando las cosas van muy mal necesitamos un hombre práctico. Sería mucho más verídico decir que cuando las cosas van muy mal necesitamos un teórico. Un hombre práctico quiere decir un hombre acostumbrado a la mera práctica diaria, a la manera como trabajan las cosas de ordinario. Cuando las cosas no quieren funcionar necesitamos al pensador, al hombre que tiene una doctrina sobre porqué funcionan cuando funcionan».*

*«Yo ya sé que esta primaria búsqueda de la teoría (que no es otra cosa que la búsqueda de la finalidad) nos expone a la barata acusación de estar haciendo música mientras Roma arde. Se ha intentado substituir los ideales moral y social que hasta ahora han sido los motores de la política por una general coherencia o acabamiento del sistema social que se ha ganado el mal nombre de «eficacia». Pero, por lo que puedo comprender, eficacia quiere decir que hemos de descubrirlo todo de una máquina excepto aquello para qué sirve».*

*La crítica es tan mordaz como justa: porque queda bien claro que no basta cualquier teórico para librarnos de la «practicidad»: no basta, en efecto, un «teorizante», que esté haciendo música mientras Roma arde. Agitarse de un lado para otro, «hacer cosas» en virtud de cierto imperativo interior que no acaba de precisar nunca «qué» y «por qué» es lo que hay que hacer, tiene exacta simetría en aquellas actitudes «incontaminadas» que están al margen de toda realidad humana.*

*Y es así, porque de hecho y en última instancia, el peligro para todo hombre — teórico o práctico — que goce de unas energías disponibles, es el mismo: la divagación. Tan sólo la «búsqueda de la finalidad», del «para qué sirve la máquina», puede librarnos de este riesgo, problema absolutamente previo si nuestra práctica, lo mismo que nuestra especulación, han de tener un sentido. Mientras Roma arde, una tarea se afirma entre todas, con inaplazable urgencia: salvar los principios.*

*Si conseguimos esto, puede arreciar el incendio: la vida, pese a todo, brotará de nuevo. Pero, ¿que ocurriría, en cambio, en el caso contrario?*

\* \* \*

*Y sin embargo, hay que reconocerlo, los principios, por sí solos, no bastan, no lo son todo: una semilla no es un árbol, un germen no es un organismo. Se explica así que, constituyendo la razón de ser de CRISTIANDAD en lo que tiene de nuclear precisamente esto: salvar los principios (o lo que es lo mismo, puntualizar el fin último a que debe tender nuestra acción), tenga ella esta cierta dureza esquemática, esta viveza de aristas que a veces se le objeta. No podía ser de otra manera.*

*No nos cuesta reconocer que la obra actual de CRISTIANDAD debe completarse. Los primeros principios se han de prolongar, a través de verdades intermedias, hasta aquella zona de lo contingente en que la ley no se concreta ya a modo de deducción, sino tan sólo a modo de ejemplo: porque sin ello los principios degeneran a la larga en generalidades.*

*Ciertamente, CRISTIANDAD, como tal, no debe descender hasta aquí, hasta la confección y aplicación de programas políticos o sociales. No quiere ello decir, sin embargo, que no deba apuntar hasta aquí. Ella quiere formarse y formar a sus lectores, en efecto, para la vida, bien que para ello deban apartarse juntos del bullicio de las disputas y de cierta «actualidad» demasiado concreta.*

*Esto supuesto, CRISTIANDAD se da perfecta cuenta de que está, por ahora, muy en los comienzos en la realización de este plan. Ni cree, en efecto, haber logrado una aceptación suficiente de aquellos principios que han de ser el fundamento de cualquier programa social justo y viable, ni tan siquiera, probablemente, la prioridad de la cuestión sobre los principios: de otro modo palpitaría, a su alrededor, el ambiente.*

*La situación de que ello es síntoma (tan agudamente retratada por Chesterton) es muy grave, porque, estando en contingencia en este momento, según casi todos reconocen, los principios fundamentales sobre los cuales nuestra tambaleante sociedad se asienta todavía, la interrogación sobre ellos se evita como una cuestión innecesaria o molesta, «mientras Roma arde», nos entretenemos haciendo música o acumulando mercancías en nuestra tienda, pero entonces, ¿nos demostrará alguien que no es ésta una actitud suicida? — J. B.*





## Por los jóvenes católicos

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de Mayo)

Esta intención la tiene en su corazón el Sumo Pontífice, quien a sí mismo se llama el «Papa de la juventud», y que ha dirigido repetidamente a los jóvenes luminosas e inflamantes palabras. — ¿Cómo debe ser la moderna juventud católica?

I. — En la Alocución a los jóvenes de Acción Católica Romana en la Festividad de la Inmaculada Concepción de 1947, Pío XII manifestó que los jóvenes deben:

1. — tener *principios claros*; es necesario que, vencida esa deplorable ignorancia religiosa que se va extendiendo, se persuadan de su fe con claridad y fortaleza, y conozcan profundamente las verdades cristianas. Aquel joven en cuya alma brilla la plena luz de la verdad cristiana, ya no es fácil que dude, ni que su fe vacile, ni que claudique. — Sepa, pues, el joven católico por qué cree, de manera que pueda dar razón de su fe.

2. — tener *un alma fuerte*; haga siempre y en todo lugar profesión de su fe el joven católico con valentía, de palabra y de obra, aun cuando se halle solo frente a los adversarios; no se avergüence nunca de su fe, defienda siempre a la Iglesia, a la ley divina. Así lo hizo San Esteban Protomártir...

3. — unir indisolublemente *la religión con la vida*. Así obraban los primeros cristianos, que no vivían escondidos, sino que su vida verdaderamente cristiana lucía siempre frente a los paganos... Aquellos cristianos conocían bien su obligación: ganar todo el mundo para Cristo, transformar toda la vida privada y pública según la doctrina y la ley del Salvador. Una obligación incluso para los jóvenes es esto: que brille la luz del buen ejemplo en su vida profundamente cristiana.

II. — En su alocución a los jóvenes de «Avanguardia Católica» 4-1-1948 dijo Pío XII; Para que la juventud católica pueda trabajar por la causa de Cristo y de la Iglesia, sea:

1) *juventud creyente*, íntimamente persuadida de las verdades de la fe, que aprecia en mucho los valores espirituales, que persiga altos fines...

2) *juventud viva*. Vida son la fe católica y la Iglesia, y amor y fuerza...; la Iglesia es eternamente joven, siempre vive en el tiempo, a través del «hoy», resolviendo las modernas cuestiones con que se encuentra. — También la juventud tiene sed de vida. Sin embargo es viva aquella juventud que en su vida pública y privada (en la familia, en la escuela, en la vida social, procura sin temor llevar a efecto la fe y sus convicciones.

3) *juventud santa*, esto es, juventud que implora humildemente el divino auxilio y extrae de las sagradas fuentes la vida sobrenatural. La juventud santa es: a) casta, de corazón puro y pura conciencia; b) se muestra reverente con los padres, superiores, con las jóvenes...; c) llena de Cristo, lleva a Cristo en su inteligencia (las verdades de Cristo), en su voluntad (observando las leyes de Cristo), en su corazón, por la Sagrada Eucaristía.



### RAZON DE ESTE NUMERO

En los números 24 y 31 nos ocupamos del liberalismo económico y del comunismo ateo, ramas, aunque divergentes, de un mismo tronco: la independencia del orden económico con respecto al orden moral.

Pero CRISTIANDAD aspira a una labor, no sólo de crítica, sino constructiva: la difusión del ideal religioso social del Reino de Cristo, que es a la vez natural y sobrenatural. Por esto, y como premisa obligada para otros números, dedica el presente a hacer resaltar la importancia, más aún la necesidad, de lo sobrenatural, del *contacto con lo eterno*, para sacar a la sociedad de la trágica situación a que la ha conducido aquel doble naturalismo.

Ante los amargos frutos de aquellos sistemas, que pretenden alcanzar el bienestar social sin la Iglesia, sin Jesucristo y sin Dios, inspirados sólo en la voluntad y la razón humana, *hoy más que nunca* es preciso proclamar la necesidad de las fuerzas sobrenaturales, sin las que *las mismas armas de la prudencia humana valdrían muy poco*.

*Solamente Cristo* puede curar al mundo del ansia insaciable de bienes sin límite, allanar el camino hacia una libertad noble y disciplinada, y sacar al género humano de las angustias sin nombre que lo atormentan.

EDITORIAL: **Salvar los principios** (pág. 193).

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR: **Bajo el signo de la «Annum Sacrum»** (pág. 195).

PLURA UT UNUM: **«Sin Mí nada podéis hacer»** (Io. XV, 5), por Pedro Basil (págs. 196 y 197); **Lo sobrenatural y el Estado**, por José M.<sup>a</sup> Murall, S. I. (págs. 198 y 199); **Lo sobrenatural y el problema social**, por J. M. Martínez-Mari (págs. 200 a 202); **Hermanidad de Cristo trabajador: Una idea y un hecho**, por Juan Soler de Morell, S. I. (págs. 204 a 207); **Del «Diari íntim» de Francisco Solguier** (págs. 208 a 210).

DEL TESORO PERENNE: **Discursos de S. S. a los Delegados de la Comisión de la Oficina Internacional del Trabajo y a los obreros de la Civita Castellana** (págs. 211 y 212).

A LA LUZ DEL VATICANO: **El martirio de China**, II, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 213 y 214).

ORIENTACIONES BIBLIOGRAFICAS: **Filosofía de la conquista**, por Luis Luna (pág. 215).

DE ACTUALIDAD: **La masonería mejicana reivindica para la secta la inspiración de las revoluciones modernas**, por J. O. C. (pág. 216).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.<sup>a</sup> Serra Goday y Joaquín Mascaró.

# HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR

## BAJO EL SIGNO DE LA «ANNUM SACRUM»

Siguiendo nuestro comentario sobre la Encíclica «Summi Pontificatus» en lo referente a la Consagración del Mundo al Sagrado Corazón de Jesús, venimos a dar con el siguiente párrafo:

¿COMO PUES NO SENTIREMOS HOY PROFUNDO RECONOCIMIENTO A LA PROVIDENCIA, QUE HA QUERIDO HACER COINCIDIR NUESTRO PRIMER AÑO DE PONTIFICADO CON UN RECUERDO TAN IMPORTANTE Y QUERIDO DE NUESTRO PRIMER AÑO DE SACERDOCIO?

El sentido del pasaje anterior y su fuerza aparecen más todavía en el texto latino, que dice así:

«Quamobrem gratam non profiteri voluntatem nostram caelesti Numini non possumus, quod pontificatus nostri initium in hunc iussit incidere annum, quo eventus ille memoratu dignus recolitur, qui primum sacerdotii nostri annum suavissime affectit».

Entre todos los acontecimientos de su vida — cuyo recuerdo se agolparía en tropel, sin duda, en la mente del Pontífice en el impresionante momento de su elevación al Solio pontificio — no es de pensar que él escoja y mencione tan especialmente su ordenación sacerdotal tan sólo por un sentimiento suyo subjetivo; ni tan siquiera, a nuestro modestísimo parecer, por el deseo, como piensa algún comentarista, de enaltecer la dignidad del sacerdocio: el episcopado, en efecto — plenitud del sacerdocio — la tiene mayor.

La razón de ello debió de ser más profunda aún. La recurrencia de fechas debió de hacer experimentar el nuevo Pontífice, seguramente, LA EMOCION DE SENTIR QUE SU VIDA, SU VOCACION PROVIDENCIAL, TRANSCURRIA DE ALGUNA MANERA, POR ASI DECIRLO, BAJO EL SIGNO DE LA ENCICLICA «ANNUM SACRUM» Y DE SU ESPIRITU, DEL QUE SE PROFESARA INMEDIATAMENTE HEREDERO; de suerte que al reavivar Su Santidad la memoria del año de su ordenación sacerdotal entre todos los demás acontecimientos de su vida lo hace llevado por la excepcional importancia de un hecho: la CONSAGRACION DEL MUNDO AL SAGRADO CORAZON DE CRISTO REY que tanto le había afectado en aquel tiempo, Y QUE REPRESENTARA, EN ADELANTE, LA RAZON DE SER MAS PROFUNDA DE SU PONTIFICADO.

Bien merece, este tema, que le dediquemos nuevos comentarios.

J. B.

## La Consagración al Inmaculado Corazón de María, medio eficaz para acelerar el triunfo del Corazón de Cristo

En el radiomensaje dirigido en 1942 a una peregrinación en Fátima, Su Santidad Pío XII dió lectura a un acto de consagración del género humano al Inmaculado Corazón de María, para obtener de Ella la paz en la verdad, en la justicia, en la caridad de Cristo. Esta consagración guarda un emocionante paralelismo con la realizada por León XIII y coronada y perfeccionada por Pío XI con la instauración de la Fiesta de Jesucristo Rey. Porque la Consagración al Inmaculado Corazón de María representa la proclamación de la Virgen Santísima como Reina del mundo, cuyo Corazón Maternal puede procurarle la paz.

El Papa insiste explícitamente en este paralelismo en su citado radiomensaje:

«Así como al Corazón de tu Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano con el fin de que, depositada en Él toda su confianza fuese para ellos señal y prenda de victoria y salvación, así igualmente nos consagramos a Ti, a tu Corazón Inmaculado, ¡oh Madre nuestra, Reina del mundo!, a fin de que tu amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios y todos los pueblos, pacificados entre sí y con Dios, te aclamen Bienaventurada y contigo entonen de un extremo a otro de la tierra el eterno Magnificat de gloria, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, sólo en el cual pueden encontrar la verdad, la vida y la paz.»

## Hacia el Cuarto Año Jubilar

1875; 1900; 1925. Los tres Años Jubilares señalan cada uno un desarrollo y avance en la devoción del mundo al Sagrado Corazón de Jesús. El primero representó, en el pensamiento de la Santa Sede, la

consagración de la Iglesia al Corazón divino de Jesús; el segundo lo fué de todo el mundo, incluso de herejes e infieles; el tercero vino a coronar uno y otro con la institución de la fiesta de Cristo Rey, que era no sólo proclamación de los derechos de Cristo sino preñuncio y prenda de la efectiva instauración de su Reino sobre individuos, naciones y Estados.

Pero nuestra fe, aun admitiendo esta «cierta y consoladora promesa del Sagrado Corazón», no puede dejar de preguntarse: ¿cuándo tendrá lugar en el mundo este hecho venturoso, el reconocimiento del único que puede traerle la paz?

Una luz sobrenatural y celeste ha venido a darnos a conocer, en nuestros días, el medio sobrenatural para *acelerar la implantación de este Reino*: Las revelaciones de Nuestra Señora del Rosario en Fátima nos muestran en nuestra Madre Inmaculada la mediadora y depositaria de la paz del mundo, y la consagración a su dulcísimo Corazón ha aparecido desde entonces como práctica complementaria de la devoción al Corazón de Cristo para la tan deseada instauración de su Reino.

Al borde de los más espantosos abismos a que nos ha llevado el naturalismo del siglo, ¿sería audaz atrevimiento esperar, para el próximo Año Jubilar de 1950 una renovada Consagración del Mundo a los divinos Corazones de Jesús y de María?

La renovación de este acto de fe, de confianza y de amor, cuando tantos se alejan y reniegan de nuestro adorable Salvador, ¿no obtendrá sobre la Iglesia y el mundo abundantes bendiciones de misericordia?

CRISTIANDAD así lo desea y espera, y por esto alza su modesta voz recogiendo los anhelos de los devotos de los Corazones de Jesús y de María.

(Del Proemio del folleto *Hacia el Cuarto Año Jubilar*, págs. 33 y 34).

# «Sin Mí, nada podéis hacer» (Io. XV, 5)

En los números 24 y 31 se ocupó nuestra revista del liberalismo económico y del comunismo ateo, ramas, aunque divergentes, de un mismo tronco; la independencia del orden económico con respecto al orden moral.

*Los gérmenes del nuevo régimen económico aparecieron por primera vez cuando los errores racionalistas entraban y arraigaban en los entendimientos, y con ellos pronto nació una ciencia económica distanciada de la verdadera ley moral y que por lo mismo dejaba libre paso a las concupiscencias humanas.* («Quadragesimo anno».)

Las consecuencias de este divorcio —de este naturalismo moral— están bien a la vista: la sociedad dividida en dos bandos irreconciliables, el mundo encerrado en un círculo vicioso: o la endémica tranquilidad del «orden» liberal, o la tranquilidad de cementerio de una nueva esclavitud.

¿Puede romperse este círculo? ¿Tiene solución la cuestión social?

El ideal de justicia que el mundo moderno, en medio de sus desvaríos, siente latir en su pecho, este hambre y desazón por un ideal siempre perseguido y nunca alcanzado, ¿ha de ser un perpetuo suplicio de Tántalo para el mundo?

En una palabra, ¿es una ilusión, una utopía, esperar la paz, es decir, la tranquilidad de un nuevo orden social justo y duradero? (1).

Sí, contesta León XIII. La cuestión social tiene remedio, pero éste es sobre todo un remedio espiritual; más aún, sobrenatural, sin el que *las mismas armas de la prudencia valdrían muy poco:*

*Serán vanos cuantos esfuerzos hagan los hombres si desatienden a la Iglesia... Cuestión es ésta en la que no puede esperarse solución ninguna aceptable, sino en la intervención de la religión y de la Iglesia.* («Rerum Novarum».)

*El reconocimiento de los derechos reales de Cristo y la vuelta de los particulares y de la sociedad a la ley de su verdad y de su amor son la única vía de salvación.* (Pío XII, «Summi Pontificatus».)

\* \* \*

¿Hemos penetrado la hondura y alcance, es decir, toda la realidad que estas verdades encierran?

¿No sucede a menudo, al leer los documentos pontificios —la *Rerum Novarum*, por ejemplo—, que, absorbidos por la prudencia admirable de su doctrina social y económica, resbalamos sobre sus afirmaciones *sobrenaturales*, sin darnos cuenta de que es allí donde se encierra su mayor fuerza y eficacia *en función de los mismos problemas de orden temporal* que ellos enfocan?

Porque estos problemas, como que afectan al mismo sujeto —el sujeto hombre—, están estrechamente ligados, son solidarios entre sí; y aunque, para su mejor exposición, las encíclicas los tratan a veces aisladamente, el conjunto de éstas constituyen en verdad todo un *cuerpo de doctrina religioso-político-social* perfectamente trabado, que recibe su superior unidad del principio *sobrenatural* que las informa a todas: *la Realeza social de Jesucristo*.

Prescindir de este principio superior, sobrenatural, tomar de las encíclicas sólo las soluciones jurídicas o económicas, sería tanto como mutilar el pensamiento de los Papas y exponer al más rotundo fracaso aquellas mismas soluciones.

A deshacer este equívoco va dirigido el presente número: a corregir esta lectura *naturalista* de los documen-

(1) No nos referimos sólo a lo económico, aunque a ello apuntamos principalmente, sino a lo social en su más amplio sentido: político, interno e internacional.

tos pontificios, que nos hace tomar por «fórmulas» piadosas, carentes de virtualidad *práctica*, los más potentes resortes sobrenaturales, los únicos capaces de *renovar el mundo*.

Con ellos, y por ellos, los remedios naturales valen algo; sin ellos —la misma experiencia lo demuestra— resultan *prácticamente* estériles.

\* \* \*

La razón la expone así Su Santidad Pío XII en la primera encíclica de su pontificado:

*La salvación de los pueblos no viene de los medios externos... Las energías que deben renovar la faz de la tierra tienen que proceder del interior, del espíritu...*

*Porque, si es verdad que los males que aquejan a la humanidad actual provienen, en parte, del desequilibrio económico y de la lucha de intereses por una distribución más justa de los bienes..., no es menos verdad que su raíz es más profunda e interna, pues toca a las creencias religiosas y a las convicciones morales, pervertidas con el progresivo separarse de los pueblos de la unidad de doctrina y de fe, de costumbres y de moral...*

*La reeducación de la humanidad, si se quiere que sea efectiva, tiene que ser, ante todo, espiritual y religiosa; por tanto, debe partir de Cristo como de su fundamento indispensable, tener la justicia como su ejecutora y por corona la caridad.*

*Llevar a cabo esta obra de regeneración es el oficio esencial y materno de la Iglesia.* («Summi Pontificatus».)

Pues «sólo de la Iglesia es propio, por hallarse en posesión de la VERDAD y de la VIRTUD de Cristo, el formar rectamente el ánimo de los hombres» (2).

\* \* \*

Es cierto que el cumplimiento de los deberes naturales de justicia, es decir, la obediencia de las leyes de justicia natural, bastaría ella sola para quitar la fuerza y acabar con las causas de la lucha social (3).

Pero, ¿cómo conseguir que las leyes humanas sean justas?; y esto supuesto, ¿cómo conseguir su cumplimiento y obediencia?

¿Pueden los hombres, sin el auxilio de la revelación, *conocer fácilmente, con plena certidumbre y sin mezcla de error* toda verdad de derecho natural? (4).

Y aunque fuera así, ¿podrían los hombres guardar todo precepto en su vida sin la gracia del Redentor por auxilio? (5).

Y esto, que en general es *moralmente* imposible, ¿será particularmente posible para la sociedad rebelde de nuestros días? ¿Podrá ésta cumplir la justicia natural, cuando reniega de la autoridad de Dios y pretende enderezar las costumbres hacia la honestidad por el magisterio único de la razón?

*No debe olvidarse* —advierte Pío XII— *la esencial insuficiencia y fragilidad de toda norma de vida social que descansa sobre fundamento exclusivamente humano, se inspire en motivos meramente terrenos y haga consistir su fuerza en la sanción de autoridad únicamente externa.*

*Bien es verdad* —añade— *que el poder, apoyado sobre fundamentos tan débiles y vacilantes, puede conseguir alguna vez, por la contingencia de las circunstancias, sucesos materiales de que se maravillan observadores menos profundos; pero viene el momento en que triunfa la in-*

(2) Pío XI, «Ubi arcano», 20.

(3) «Rerum Novarum», 77.

(4) Concilio Vaticano.

(5) León XIII, «Tametsi futura».

*eluctable ley que sacude todo cuanto se ha construido sobre una velada o manifiesta desproporción entre la magnitud del suceso material y externo y la fragilidad del motivo interno y de su fundamento moral.* («Summi Pontificatus.»)

\* \* \*

En todos los documentos pontificios que se ocupan de los problemas de la sociedad temporal podemos ver estampada esta primera y fundamental afirmación:

Que la Iglesia tiene el derecho y el deber *de juzgar con autoridad suprema* el orden social, lo mismo que el político, el económico o el derecho de gentes, *en todo aquello que toca a la moral* (6), es decir, *al orden inmutable que Dios Creador y Redentor ha promulgado por medio del derecho natural y de la revelación...*, como dos arroyos de agua no contrarios, sino concordados, que nacen de la misma fuente divina (7).

Pero, ¿basta el derecho natural, aun declarado con toda garantía por la Iglesia, para resolver por sí solo los graves problemas del orden social? ¿Tendrá aquel derecho virtualidad suficiente, en sí mismo, para imponerse sobre las pasiones humanas y los intereses de clase, de nación o de partido?

He ahí, de nuevo, el mismo problema, la misma dificultad, con que antes tropezamos; problema que León XIII resuelve dándole la única solución eficaz y verdaderamente práctica: la solución cristiana.

¿Cómo podrá alcanzarse la justicia natural? Pues por este único medio: *sobrenaturalizándola.*

*Y quomodo fiet istud?*

*Aspirando a algo más grande, ordenando algo que es más perfecto: juntando en unión íntima y amistad a una clase con otra; más aún, en amor verdaderamente de hermanos, constituyendo así la auténtica fraternidad, la fraternidad cristiana.*

En otras palabras, abrazando la Nueva Ley de Cristo, la doctrina sobrenatural de su Reino, en el que todos y cada uno hemos sido, por favor de Jesucristo, redimidos y levantados a la dignidad de hijos de Dios (8).

*Entonces los deberes y los derechos en parte fueron perfeccionados y en parte constituidos íntegramente* (9).

\* \* \*

Y ¿cómo podrá implantarse la VERDAD de Cristo?

Por la VIRTUD del mismo Cristo, la comunicación de su Espíritu por la gracia, *calidad accidental del alma que la hace participante de la naturaleza divina.*

Este es el gran remedio para la humanidad, el único capaz de curar todos sus males. Porque este don sobrenatural, *por el que Dios eleva al hombre a aquella íntima comunicación de su vida que se llama filiación divina* (10), tiene además un poder medicinal o roborativo de las heridas que deja en el hombre el pecado.

No es nuestro propósito estudiar aquí la virtualidad de la gracia en orden a la observancia de la ley natural; por lo que a nuestro objeto se refiere, nos basta hacer resaltar la eficacia curativa de las virtudes teologales en lo que a la cuestión social afecta.

En primer lugar de la fe, que *con sus luces sobrenaturales suple colmadamente la falta de estabilidad y de viveza de los conocimientos especulativos y prácticos de la razón dejada a sí misma* (11).

*Ningún poder coercitivo del Estado—constata Pío XI—, ningún ideal puramente terreno, por grande y noble que sea, podrá substituir por mucho tiempo a los estímulos*

(6) «Rerum Novarum» 16; «Quadragesimo anno» 14; «Diuturnum» 3; «Immortale Dei» 19, 20, 39; «Libertas» 14; «Ubi Arcano» 20; «Divini illius Magistri» 10, 11; «Mit Brennender» 31; «Summi Pontificatus» 9, 14; etc....

(7) Discurso de S. S. Pío XII en conmemoración del cincuentenario de la «Rerum Novarum» (1 junio, 1941).

(8) «Rerum Novarum».

(9) «Tametsi futura».

(10) Pío XI, «Mit Brennender».

(11) R. Orlandis, «De la sobrenaturalidad de la vida en los Ejercicios», revista MANRESA (abril de 1936).

*más profundos y decisivos que provienen de la fe en Dios y en Jesucristo. Si al que es llamado al sacrificio del pequeño YO en bien de la comunidad, se le quita el sostén moral que le viene de lo eterno y de lo divino, de la fe..., el resultado para innumerables hombres no sería la adhesión al deber, sino más bien la deserción* (12).

Con razón, afirma León XIII, *nada alimenta mejor el espíritu de la justicia que la fe cristiana* (13).

Y en segundo lugar la esperanza. Porque, al proponernos el bien divino como capaz de llenar todas las aspiraciones del hombre, *nos hace entender lo que en verdad son y apreciar en lo que de veras valen las cosas perecederas, lo cual es imposible si no se ponen los ojos del alma en la otra vida, que no ha de tener fin; vida sin la que perecería inmediatamente el concepto y verdadera noción del bien y hasta se convertiría este universo en un misterio inexplicable a toda investigación humana* (14).

Pero sobre todo la caridad derramada en lo más profundo del corazón por el Espíritu Santo, manera de unión por la que el alma en cierta manera se transforma en su último fin, elemento primordial de la vida sobrenatural, *cuya fuente es el Corazón de Jesús y de cuya magna efusión ha de esperarse la salud que se desea* (15) —la justicia y la paz social—, porque hace que el hombre salga de su egoísmo para juntarse en unión íntima con Dios y con el prójimo, haciendo llevaderos y suaves todos los sacrificios.

¡Cómo se engañan —exclama Pío XI— los reformadores incautos que desprecian soberbiamente la caridad, cuidando sólo de hacer observar la justicia conmutativa! La justicia sola, aun observada puntualmente, puede, es verdad, hacer desaparecer la causa de las luchas sociales, pero nunca unir los corazones y enlazar los ánimos. Ahora bien, todas las instituciones destinadas a consolidar la paz y promover la colaboración social, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza del mutuo vínculo espiritual que une a los miembros entre sí; cuando falta ese lazo de unión, la experiencia demuestra que las fórmulas más perfectas no tienen éxito alguno. La verdadera unión de todos en aras del bien común sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten íntimamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo Padre celestial; más aún, un solo cuerpo en Cristo, «siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros»; por donde «si un miembro padece, todos los miembros se compadecen». («Quadragesimo anno.»)

\* \* \*

Pero estos dones sobrenaturales, estos medios poderosos de salud y vida, tienen su ley: su eficacia depende de nuestra cooperación; y no sólo esto, sino que la Providencia divina, que todo lo hace con orden, peso y medida, exige que se nos comuniquen por lo común «socialmente», es decir, por la libre cooperación de nuestros hermanos (16).

Lo primero es lógico, pues la gracia no quita el libre albedrío; lo segundo se explica por la recíproca dependencia que tenemos unos de otros, que no es sino una forma particular de la gran ley de la caridad, a la que está sujeto todo el orden moral.

Consecuencia de esta doble ley individual y social es que la fuerza procreatriz y conservadora de las virtudes sobrenaturales se estrella si la norma y disciplina de las costumbres se aparta de la fe divina (17), de donde resulta una mutua dependencia, y aun solidaridad, entre la vida sobrenatural propiamente dicha y la vida moral honesta de los individuos y las sociedades.

De ahí el porqué la Iglesia, que aspira al bien total de

(12) «Mit Brennender».

(13) «Tametsi futura».

(14) «Rerum Novarum», 18.

(15) «Rerum Novarum», 24, 45.

(16) E. Ramière, «Apostolado de la Oración», Introducción.

(17) «Tametsi futura».

unos y otras, que es a la vez natural y sobrenatural, se ocupe igualmente de ambos, tejiendo con este doble movimiento ascendente y descendente la doctrina del Reino de Cristo (18).

No es extraño, pues, que al contemplar Pío XI el estado social del mundo, lance contra nuestra sociedad este tremendo, pero veraz, juicio: *Se puede decir sin temeridad que las condiciones de la vida social y económica son tales, que una gran parte de los hombres encuentra las mayores dificultades para atender a lo único necesario, a la salvación eterna* (19).

Mas he ahí una nueva dificultad: porque si la misma naturaleza, en este caso el estado social que se ha de sanar, constituye un obstáculo para la eficacia salvadora del remedio, ¿quién prevalecerá en esta pugna, la gracia que cura o esta «naturaleza» que mata?

Dificultad aun mayor si se considera que la lucha no

(18) J. Bofill, «De la perfección natural y sobrenatural del Reino de Cristo», CRISTIANIDAD, n.º 111.

(19) «Quadragesimo anno», 53.

es sólo «con la carne y la sangre», sino *con oposiciones y obstáculos vastos, profundos y minuciosamente organizados, como jamás lo fueron en tiempos anteriores* (20).

Pero, contando con la fuerza omnipotente de la gracia que emana del Corazón de Cristo, el resultado no es dudoso.

*Si el amor de este Corazón fué el «principio generador» de la sociedad cristiana, que infundió al cadáver del paganismo el espíritu de una nueva vida moral y civil, este mismo amor será hoy su «principio restaurador»* (21).

Por eso termina León XIII su encíclica «Rerum Novarum» afirmando que *la deseada salud ha de esperarse principalmente de una GRANDE EFUSION DE CARIDAD, que si no va a buscarse en el Corazón de Jesucristo, no se hallará en parte alguna.*

«SINE ME NIHIL POTESTIS FACERE.»

Pedro Basil

(20) «Summi Pontificatus», 30.

(21) León XIII, discurso a los socios del «Apostolado de la Oración» (11 octubre, 1893).

## Lo sobrenatural y el Estado

En los días 26 y 27 de junio de 1881 tuvo lugar en la ciudad de Tarragona un acto de gran trascendencia para la historia del Reinado del Sagrado Corazón de Jesús en España. Se le llamó «Nacional Homenaje de las ciencias, letras y artes españolas al Sacratísimo Corazón de Jesús». Y en verdad lo fué como lo atestigua el magnífico volumen impreso en Barcelona en 1882, donde se publicaron todos los trabajos premiados en el certamen celebrado.

Entre los temas señalados para el certamen figuraba el siguiente: «El Ilustrísimo Sr. Obispo de Urgel, doctor Salvador Casañes ofrece un «Símbolo con la imagen de plata del arcángel San Miguel» embrazando el escudo del Sagrado Corazón de Jesús y una inscripción adecuada, al mejor escrito sobre la influencia social que la devoción al Sagrado Corazón está destinada a ejercer en los tiempos modernos.»

El mejor trabajo presentado fué el correspondiente a este tema. Llevaba como lema el siguiente: «A grandes males grandes remedios». Lo firmaba el entonces modesto sacerdote doctor Torras y Bages.

De él queremos entresacar ahora algunos fragmentos que declaran la necesidad de lo sobrenatural en la sociedad y el medio de satisfacerla.

### El Estado como el individuo no puede vivir convenientemente falto de lo sobrenatural

Entre el hombre individual y la corporación llamada Estado hay analogías singulares. La fe informando la razón es el principio y raíz de la verdadera grandeza y justicia en el hombre; y que el criterio gubernativo esté conforme a la fe e informado por ella, es necesario para que la sociedad vaya corriendo tranquila y sabiamente a la consecución de sus altísimos fines. Todo lo humano es deficiente y necesita por lo mismo un complemento que no se encuentra en la tierra, sino en el cielo; nuestra inteligencia no sólo es limitada, sino que está herida de vicios capitales, por lo cual sólo al contacto de aquella verdad inmutable que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, se convierte en luz fija, y no engañosa ni sujeta a las tinieblas de las pasiones que se levantan en nuestra alma. El hombre debe estar unido con Dios mediante la inteligencia y la voluntad, y siempre que se ha de consu-

mar el fatal divorcio entre el Creador y la criatura, se empieza rompiendo la alianza de la fe con la razón, que es la que guía e ilumina toda el alma, o, como ha dicho un escritor antiguo, es el paje de hacha de la voluntad, cuyos pasos dirige alumbrando los caminos por donde debe echar.

... El hombre quiso sobreponerse a Dios, la razón disipar la fe, y por lo mismo el Estado prescindió de la misma para el gobierno de la sociedad. Todo debía secularizarse con un criterio puramente humano, y a la destrucción de la antigua unión entre el poder civil y el religioso, a la revolución contra el predominio de Dios en la sociedad, se la saludó como el principio de una época de libertad, como el ocaso y caída de una época de esclavitud. Los hombres no conocían que tan sólo Dios puede gobernar la voluntad humana sin destruir su libertad, que el gobierno del hombre por el hombre debe forzosamente adolecer de esclavitud, porque la ciencia y el amor del hombre sólo se adquieren por el trato con Dios... Por esto el Estado racionalista ha defraudado todas las esperanzas de sus entusiastas, y ha quedado frustrado en mitad de su carrera sin haber cumplido sus promesas grandiosas en favor de la sociedad, que ya se conoce víctima del mismo y se siente devorada para satisfacer sus monstruosos apetitos. Dios únicamente tiene el secreto y el poder de conseguir sus fines con medios muy sencillos, y por esto cuando los hombres se gobernaban por su autoridad el bienestar de la sociedad se adquiría con suma sencillez, se hacía estribar en la vida tranquila, *ut quietam et tranquillam vitam agamus in omni pietate et castitate*, como decía San Pablo (I Timoteo, II) (1).

### Restauración de la inteligencia social y de la voluntad social por la fe

Mas para que la restauración social promovida por los fuertes y amorosos latidos que el Corazón de Jesús ha hecho percibir al mundo, ya envejecido, sea completa y duradera, es necesario que haya una rectificación de lo que podríamos llamar la inteligencia y la voluntad de la sociedad: la ciencia y el trabajo. La moderna civilización presenta el lamentable espectáculo de un divorcio y vo-

(1) Obras completas. Biblioteca perenne, 1948, págs. 1579-1580.

luntario antagonismo entre la fe y la razón y entre la caridad y la industria. Dios las hizo para vivir juntas, para que se ayudaran mutuamente; mas la razón y la industria se han sublevado repudiando aquellas dos nobilísimas virtudes teologales que deben ser su perfección y complemento, y no se crea que estas dos rebeliones sean sólo dos combates parciales dentro de la colosal rebelión que forma la revolución moderna o los síntomas más característicos de la misma; son su raíz y substancia, ya que no son otra cosa que la manifestación externa de la separación de Dios consumada por el hombre en su entendimiento y en su voluntad, que el desenvolvimiento descomunal de aquellas dos concupiscencias, principio de todas las otras, que llamamos la soberbia y la codicia. La más debida, al paso que también la más dura de todas las exigencias que Dios tiene para con el hombre es, sin duda, la del remordimiento de la razón a la fe, por lo cual la razón, hinchada por las pasiones, tantas veces se la sobrepone en detrimento de ella misma y para destrucción de todo orden y armonía en la esfera práctica que depende de la racional.

Este fué el comienzo de la revolución; tal es la raíz del liberalismo que viene carcomiendo a la sociedad, el principio de todos los males que la afligen.

El divorcio entre la razón y la fe no provino, por más que la primera, para ocultar su torpeza, de continuo lo alegue, de amor a la verdad, sino de la soberbia humana, de la rebeldía del hombre que no quiere humillarse delante de Dios ni reconocerle por Maestro. Y he aquí que las palabras más sonoras que salen del Corazón Divino, las expresiones más eficaces que tuvo para recomendar una virtud al amoroso Salvador, fueron aquellas tan sabidas que incluyen el fruto práctico que por revelación divina deben los cristianos sacar de la devoción propagada por Margarita Alacoque: «Aprended de Mí, que soy humilde de corazón.» La humildad, que es condición indispensable de la fe, es una virtud exclusivamente cristiana, de tal manera que sólo puede hallarse en un corazón fecundado por la gracia divina. Y la razón vestida de humildad se levanta a grande altura, deponde y se desprende de las pasiones que puedan torcerla, por lo cual, dejado el amor propio, que ha sido el sentimiento generador de tantas falsas filosofías, quédase tan sólo con el amor más puro y noble, con el amor de la verdad, que la espolea para llegar a un conocimiento más perfecto de la misma, pues está convencida, ya que hasta la fe le dice, que en la contemplación de la verdad ha de encontrar su centro y bienaventuranza (2).

### Después de las ruinas acumuladas por el error, los pueblos vuelven al Corazón de Jesús

Cuando la sociedad moderna, a lo más, admite un muy templado barniz de Cristianismo, por razones estéticas de decencia pública, y se acongoja terriblemente a la expectativa de que este barniz pueda ser más subido, ¿es posible volver, es racional aspirar a la restauración de una sociedad maciza de Cristianismo?

Todos los errores y herejías, después de haber tenido su período ascendente, han tenido también el descendente; cuando no han podido alucinar la razón católica en la mentira torpemente manifiesta, han tomado un disfraz católico; mas esto, que es un involuntario apologismo, suele señalar la aproximación del imperio manifiesto de la verdad religiosa. Al arrianismo siguió el semiarrianismo, al pelagianismo el semipelagianismo, al liberalismo el semiliberalismo, o sea el catolicismo liberal, que consiste no en que la Religión rijá, gobierne y acomode a sus preceptos e inmutables principios a la humanidad, sino en que ésta sea la árbitra de la Religión, la que la acomode

a las circunstancias, a las necesidades, a las nuevas formas que vaya tomando la sociedad arrastrada en su curso por múltiples concupiscencias, cercenando de la Religión lo que parezca inconciliable con el estado presente y sujetando lo que bajó del cielo, lo que de Dios dimana, a un criterio puramente humano. Aun la Europa contaba muy pocos siglos de cristianismo cuando la herejía de Arrio, después de improbables esfuerzos y sufrimientos de la Iglesia Romana, conociendo que no prevalecería con su forma rudamente opuesta al dogma recibido, suavizó sus apariencias de manera que parecía conciliable con el principio católico; la astucia y la hipocresía se presentaron como amigables componedoras entre la Iglesia de Cristo y la Sinagoga de Satanás; el mundo les dió incautamente oídos, y por un momento, según frase de San Jerónimo, la Iglesia, después del conciliábulo de Rimini, se quedó pasmada al verse arriana. También la Europa se quedó pasmada de verse liberal, la sociedad a punto de dejar de ser cristiana, cuando en los días de Pío IX, este inmortal Pontífice, arremetiendo contra el error con que estaban encariñados los sabios y poderosos del siglo, a la faz de todos anatematizó el perverso sistema y, persiguiéndole hasta sus últimas trincheras, cogióle con aquellas manos que la virtud de lo alto fortificaba y aplastó contra la piedra sobre la que descansa el humilde trono del Pescador... Los doctores mundanos se ven obligados a proclamar su vergonzosa impotencia para mejorar a la humanidad, que nada saben ni pueden saber, que la humanidad está perdida sin remedio.

... ¿Dónde, pues, va a acogerse la sociedad en medio de su gran desamparo? Cuando todos la rechazan, ¿qué brazos encuentra que cariñosamente la soliciten fuera de los de Cristo? Nunca los hombres volverían a Dios cuando han emprendido los caminos de perdición; si El, en su infinita sabiduría e inefable misericordia, no hubiese dispuesto las cosas de tal manera que, siguiendo la sociedad el curso que le abren sus apetitos, no se encontrase miserablemente perdida; siente congojas de muerte y el desfallecimiento la domina; los nobles sentimientos, aun de índole puramente natural, quedan desvanecidos y cúmplese a la letra aquella sentencia de Cristo: *Sine me nihil potestis facere*.

La patria y la familia dejan de ser amadas cuando Dios deja de ser amado, y cuando Dios es aborrecido, aquellas dos nobilísimas instituciones sobre que descansa la dignidad de la sociedad humana son perseguidas y muertas.

Las naciones, engreídas con sus riquezas, con sus ciencias, con sus ejércitos, se dejaron tomar de la soberbia; comparándose con aquella humilde Hija del Calvario, la Iglesia, a quien Dios nombró Señora de todas las gentes, y, creyéndose más sabias que ella, después de haber corrido distintos caminos y ensayado diversos sistemas, a pesar de sus riquezas, de sus ciencias y de sus ejércitos, siéntense en su interior profundamente abochornadas. Extienden su mirada por todas partes y el horizonte está cerrado, la obscuridad domina en el cielo de las inteligencias humanas, las enseñanzas de los sabios son estériles, y, en cambio, en los corazones germinan o salvajes pasiones o desfallecimientos mortales; mas Aquel que ha hecho curables a las naciones y tiene tesoros de sabiduría y abismos de misericordia desde el uno al otro confín del mundo, iluminando con suavísimos resplandores los continentes, las islas y los mares, hace resonar con mayor elocuencia los latidos de su Corazón vibrante de amor, para que, oyéndolos la sociedad caduca ya y torpe para el amor divino, cobre, como profetizó Santa Gertrudis, nuevo vigor y brío (3).

José M.<sup>a</sup> Murall, S. I.

(2) Id., pág. 1590.

(3) Id., págs. 1595, 1596, 1597.

# Lo sobrenatural y el problema social

## 1. - Tres Pontífices y un mismo lenguaje

a) Dice León XIII en su encíclica «Rerum novarum»:

«Cuestión es ésta (la social) a la cual no se hallará solución ninguna aceptable si no se acude a la Religión y a la Iglesia...

»Serán vanos cuantos esfuerzos hagan los hombres si desatienden a la Iglesia...

»Si remedio ha de tener el mal que ahora padece la sociedad humana, este remedio no puede ser otro que la restauración de la vida e instituciones cristianas...

»Puesto que la Religión, como al principio dijimos, es la única que puede arrancar de raíz el mal, pongan todas las miras principalmente en restaurar las costumbres cristianas, sin las cuales esas mismas armas de la prudencia, que se piensa son muy idóneas, valdrán muy poco para alcanzar el fin deseado.

»Porque la salud que se desea principalmente se ha de esperar de una grande efusión de caridad, es decir, la caridad cristiana, en que se compendia la ley de todo el Evangelio.»

b) Dice Pío XI en su encíclica «Quadragesimo Anno»:

«Pero si consideramos este asunto más diligente e intilmente, claramente descubriremos que a esta restauración social tan deseada debe preceder la renovación profunda del espíritu cristiano... de lo contrario, todos los esfuerzos serán estériles y el edificio se asentará, no sobre roca, sino sobre arena movediza...

»Ningún remedio eficaz se puede poner a tan lamentable estrago de las almas y mientras perdure éste será inútil todo afán de regeneración social, si no vuelven los hombres franca y sinceramente a la doctrina evangélica...

»Mas para asegurar estas reformas es menester que a la ley de la justicia se una la ley de la caridad...

»De esta nueva difusión por el mundo del espíritu evangélico, que es espíritu de moderación cristiana y caridad universal, confiamos que saldrá la tan deseada restauración en Cristo de la sociedad humana...»

c) Dice Pío XII en su encíclica «Summi Pontificatus»:

«El reconocimiento de los derechos reales de Cristo y la vuelta de los particulares y de la sociedad a la ley de su verdad y de su amor, son la única vía de salvación...

La raíz profunda y última de los males que deploramos en la sociedad moderna es el negar y el rechazar una norma de moralidad universal, así en la vida individual como en la vida social y en las relaciones internacionales; el desconocimiento, en una palabra, tan extendido en nuestros tiempos y el olvido de la misma ley natural, la cual tiene su fundamento en Dios...

»Debilitada la fe en Dios y Jesucristo y obscurecida en los ánimos la luz de los principios morales, se quitó el apoyo al único e insustituible fundamento de aquella estabilidad y tranquilidad, de aquel orden externo e interno privado y público, únicos que pueden engendrar y salvaguardar la prosperidad de los estados.

»La salvación de los pueblos no viene de los medios externos, de la espada, que puede imponer condiciones de paz, pero no crea la paz. Las energías que deben renovar la faz de la tierra tienen que proceder del interior del espíritu..., la reeducación de la humanidad, si se quiere que sea efectiva, tiene que ser ante todo espiritual y religiosa; por tanto, debe partir de Cristo como de su fundamento indispensable, tener la justicia como ejecutora y por corona la caridad.

»La triste experiencia enseña que los medios externos

solos y las precauciones humanas y los expedientes políticos no producen lenitivo alguno eficaz a los males que aquejan a la humanidad.»

No siempre se ha enfrentado el católico ante el problema social desde este punto de vista concorde de los Pontífices. El naturalismo, penetrando en la inteligencia de muchos, ha logrado que desconfiaran y olvidaran la doctrina de la Iglesia, creyendo que en el siglo xx ya no hay lugar para las prácticas que engendraron tantos héroes en todos los tiempos.

## 2. - Falsas premisas de que se parte

Como dice un autor (1), la ilusión que padecen el vicio fundamental que hace bambolear todas las construcciones de los modernos reformadores está en creer que la transformación de una sociedad se logra a fuerza de leyes de violencias y de catástrofes súbitas y que basta, por ejemplo, decretar la paz o la solidaridad para que una y otra penetren en las masas humanas... mientras el hombre sea lo que es en nosotros mismos o en los demás, egoísta sin pudor, amigo desenfrenado del placer, violento hasta la brutalidad, cuando trata de defender lo que llama su interés, en vano los legisladores modificarán las condiciones exteriores de la sociedad en que vive, porque la sociedad no cambiará por eso.

Por ello la mejora social no puede esperarse de una revolución violenta y destructora siempre, que sólo cambiaría el orden social externo para dejar al hombre tan embrutecido como antes.

Pío XII dijo:

«No está en la revolución la salvación vuestra; y es contrario a la genuina y sincera profesión cristiana el tender —con los ojos puestos sólo en el provecho propio, exclusivo y material, siempre incierto— a una revolución que proceda de la injusticia y de la insubordinación civil, y el hacerse tristemente culpables de la sangre de los compatriotas y de la destrucción de los bienes comunes» (2).

La mejora de la situación debe esperarse, y son palabras también del mismo Pontífice de «una evolución progresiva y prudente, valiente y acomodada a la naturaleza iluminada y guiada por las santas normas cristianas de la justicia y de la equidad..., nada, pues, de destruir, sino edificar y consolidar» (3).

Esta mejora por evolución es posible mediante la acción personal del católico cuya naturaleza ha sido elevada por la gracia.

## 3. - Un ejemplo de la elevación del pueblo por evolución

Lo ofrece la redención del esclavo por la única acción de la Iglesia en lucha palmo a palmo contra el paganismo, grandioso como espectáculo, que hoy podemos apreciar en toda su magnitud.

La Iglesia siguió procedimientos indirectos para elevar al proletariado de entonces constituido por los esclavos, y principalmente:

a) Lejos de aprovecharse del odio que los esclavos profesaban a la sociedad que los oprimía, la Iglesia se

(1) A. Lugin. — «La enseñanza social de Jesús». — Barcelona, 1909, pág. 25.

(2) Pío XII. — Discurso a 20.000 obreros el día de Pentecostés de 1943. Véase «Ecclesia», 19 junio 1943.

(3) Discurso citado.

esforzó en dulcificar y apagar la ira de aquellos corazones.

b) Definió los deberes de los amos y señores.

c) San Pablo planteó los principios y dejó que se des-  
envolvieran, sin pretender sacar prematuramente conse-  
cuencias revolucionarias. Los escritores eclesiásticos em-  
plearon, a medida que pasaban los siglos, un lenguaje cada  
vez más atrevido contra la esclavitud, en forma que lo que  
en el siglo primero hubiera sonado a la sociedad como  
revolucionario, ya no lo parecía en el siglo iv.

d) A pesar de que no se intentó suprimir la esclavi-  
tud en la sociedad civil, la Iglesia la abolió en su seno  
desde los primeros días de la predicación, facilitando ac-  
ceso libre a las dignidades eclesiásticas, hasta el punto de  
que en el siglo iii ascendió al Pontificado un esclavo como  
Calixto I.

e) Como medio directo para combatir la esclavitud  
rehabilitó la Iglesia el valor y la dignidad del trabajo y  
luchó contra el lujo, la prodigalidad excesiva y los bár-  
baros juegos del paganismo, hasta el punto que logró bien  
pronto que la opinión pública no soportara con paciencia  
la vista de los innumerables esclavos que el fausto de los  
ricos llevaba tras de sí.

#### 4.- El lenguaje de los cristianos contemporá- neos de la esclavitud

Dice San Pablo en su Epístola a los Efesios, VI, 5-8:

«Esclavos, obedeced a vuestros amos terrestres con la  
humildad con que obedeceríais a Cristo; no los obedez-  
cáis con diligencia servil, que sólo sirve para adular y  
ensoberbecer a los hombres, sino de corazón, cumpliendo  
la voluntad de Dios; servid con buena voluntad para con-  
tenter a Dios, no a los hombres, y acordaos que todo el  
bien que hagáis, seáis libres o esclavos, os lo devolverá  
Dios.»

Clemente de Alejandría, del siglo ii, en su «Paedago-  
go» dice:

«Así como Pedro recomienda a los esclavos que sean  
sumisos y respetuosos con los amos, igual con los buenos  
y clementes que con los desagradables y molestos, tam-  
bién la equidad, la paciencia y la bondad convienen a  
los amos. En resumen, según el lenguaje del Apóstol, for-  
mad con ellos una sola alma, sed misericordiosos y tier-  
nos para con vuestros hermanos a fin de ser herederos de  
toda buena y amable bendición.»

Taciano dice:

«No quiero reinar, no quiero ser rico, no deseo nave-  
gar ni ser comerciante, no lucho para obtener coronas,  
desprecio la muerte, soy superior a toda clase de enfer-  
medades, la tristeza no envenena mi alma. Si soy esclavo  
soporto mi esclavitud; si soy libre no me jacto de serlo.»

En la doctrina de los Doce Apóstoles o «Didache» se  
lee:

«No tratarás con acrimonia a un esclavo o a una cria-  
da que confían en el mismo Dios que tú, a fin de que no  
pierdan el temor a ese Dios, que es para ellos lo mismo  
que para ti, porque para El no hay acepción de personas  
cuando acuden a su llamamiento. Pero vosotros, esclavos,  
sed sumisos a vuestros amos como a imágenes de Dios y  
obedecedles con modestia, con humildad y con temor.»

San Cipriano escribe:

«Tú mismo exiges determinado servicio de tu esclavo  
y siendo hombre obligas a otro hombre a obedecerte. No  
obstante, las condiciones de nacimiento son iguales para  
vosotros dos, como también lo serán las de la muerte;  
vuestro cuerpo está formado de iguales materias, la mis-  
ma razón alumbró a vuestra alma, una sola ley os hizo  
entrar en el mundo y os hará salir de él.»

Finalmente, San Juan Crisóstomo, empleando un len-  
guaje que no se determinó a emplear la Iglesia en el si-  
glo i, dice:

«San Pablo enseña a los esclavos a honrar a sus amos  
a fin de que el nombre y la doctrina de Dios no sean blas-  
femados. Conviene, en efecto, que los gentiles sepan que  
también un esclavo puede agradar a Dios. De otra suerte,  
blasfemarían necesariamente y dirían: El cristianismo se  
ha introducido para trastornarlo todo, arrebatar los escla-  
vos a los amos es una obra de violencia» (4).

Con este lenguaje, la Iglesia liberó a los esclavos y  
transformó las condiciones sociales del mundo pagano.

#### 5.- En definitiva, los principios de la Iglesia, aun en la cuestión obrera, no son de hoy. Los ha formulado y enseñado hace mucho tiempo con toda precisión y sin equivocación posible (5)

*La Iglesia ha sostenido y sostiene siempre a los que  
tienen solamente el trabajo para procurar a sí mismos y  
a sus familiares el pan de cada día. Ha tomado y toma  
siempre la defensa de sus justos derechos y de sus razo-  
nables peticiones.*

#### 6.- Enemigos del plan de la Iglesia

Lo son en distintos grados y prescindiendo de los co-  
munistas y socialistas, anatematizados taxativamente por  
Pío XI y León XIII:

a) Los quietistas o «herejes de la inacción».

Es una moderna floración de la herejía quietista con-  
denada ya por Juan XXII e Inocencio XI, y últimamente  
por Pío XII en sus encíclicas «Mediator dei» y «Mystici  
corporis Christi».

Pretenden poseer una vida interior sin que ésta se  
refleje o traduzca en una acción exterior.

Son errores quietistas condenados taxativamente por  
la Iglesia:

Querer obrar activamente es ofender a Dios, que quiere  
ser el único agente. Por eso es necesario abandonarse a  
sí mismo todo y totalmente a Dios y permanecer después  
como cuerpo inanimado. La actividad natural es enemiga  
de la gracia e impide la operación de Dios y la verdadera  
perfección, porque Dios quiere obrar en nosotros sin nos-  
otros (6).

b) Los partidarios de la primacía de la acción o «he-  
rejes de la acción», cuya fórmula puede ser acción exte-  
rior sin vida interior.

Dice a este propósito Llanos (7):

«Hay en el ritmo moderno de los negocios e intereses  
terrenos una impaciencia tan humana, tan desacogedora,  
que no puede aconsonantar con la paz divina de Cristo,  
la paz que da a la vida un aire de solemnidad, serenidad  
y espera opuestas radicalmente a esta divinización prác-  
tica y teórica de la inquietud.»

Pueden compararse a aquellos corredores en el estadio  
que no saben dónde se halla la meta.

Niegan que sean absolutamente necesarias la oración y  
la vida sobrenatural para llevar la salvación al mundo.

c) Los cobardes minimistas (8).

Que creen que podría desarmarse al anticlericalismo y

(4) Textos citados por P. Allard. — «Los esclavos cristianos», Madrid, 1900.

(5) Pío XII. — Discurso en la clausura del Congreso de la Acción Católica Ita-  
liana. Véase «Ecclesia», 5 mayo 1945.

(6) Dencinger. — Baumgart, citado por Mons. Vizcarra. «La herejía de la inac-  
ción», «Ecclesia» 24 enero de 1949, pág. 92.

(7) Llanos. — Apostolado y Vida Interior. «Ecclesia» 21 marzo 1942.

(8) Así les llamó Pío XII en la carta al Presidente de la 34 Semana Social de  
Francia de 18 de julio 1947. «Ecclesia» 8 agosto 1947.

## PLURA UT UNUM

a la pasión anticatólica restringiendo los principios del catolicismo al dominio de la vida privada.

d) Los románticos religiosos.

Que por una parte hacen de la piedad cuestión de sentimiento, usurpando la primacía que corresponde a la inteligencia y a la voluntad, y que, por otra, definen a lo subjetivo como primando sobre la norma y el canon.

Dice el obispo de Teruel (9):

«La piedad es, sobre todo, objeto de la inteligencia y de la voluntad. La inteligencia conoce, el corazón ama y la acción sigue. Si la inteligencia no conoce o conoce mal, la piedad es falsa y nula. La piedad comienza en la inteligencia, continúa por la voluntad y termina en la acción. Es el más alto ejercicio de las facultades del hombre.»

e) Los pragmatistas que desconocen el valor de lo sobrenatural y sonríen excépticos al leer la afirmación de Pío XII de que «ante Dios el arma de la oración y de la fe es más poderosa que las armas de acero y de bronce» (discurso del 19 de enero de 1943 a los miembros del Apostolado de la Oración), y que se desilusionan al acercarse a la Iglesia y comprobar que no tiene antes que nada soluciones «prácticas» para elevar el nivel de producción, para detener la inflación o para conseguir la supresión de las licencias de importación.

Y que, con un desconocimiento absoluto y total de que lo primordialísimo en orden a la solución pacífica de los problemas sociales es sobrenaturalizar la vida entera, se empeñan en arbitrar falsas soluciones basadas en una economía desvinculada de toda ética.

### 7. - Otros enemigos del plan de los Pontífices

Enfrentándose claramente con las doctrinas de salvación de la Iglesia se encuentran también:

a) Los fanáticos de todas las técnicas.

Que materializados creen que la crisis de nuestro tiempo se resolverá por la aplicación de conocimientos técnicos, inventos y descubrimientos de la industria de tal o cual país, combinaciones financieras de la alta banca o sutileza de las artes diplomáticas creadoras de sabios tratados.

Que liberales también en economía, creen en la bondad innata del hombre y en que sus solos instintos por una parte y las leyes económicas ciegas y fatales por otra, habrán de conducirle a la felicidad, con absoluta indiferencia de todo principio sobrenatural.

A este propósito, dice Pío XII (10):

«Ni el solo trabajo ni su más perfecta organización y el más poderoso utillaje sirven para formar y asegurar la dignidad del trabajador, sino la reducción y todo lo que por ésta es ennoblecido y santificado.»

b) Los que achacan a la doctrina de la Iglesia calumnias de variados géneros, y entre ellos:

1.º Los progresistas, que dicen es causa de retraso.

Cuando «el cristiano consciente de su cristianismo será, pues, hombre de progreso». El cristiano es un hombre siempre joven. El sepulcro no es para él un término, sino un mero punto de partida... El cristiano, pues, en toda edad, abrigará la santa ambición de ir a la cabeza del progreso: progreso intelectual, fomentando con sus simpatías, sus donativos y su cooperación la enseñanza y el saber en todos sus grados; progreso de la literatura y de las artes; progreso de la higiene; perfeccionamiento pro-

(9) Pastoral «La verdadera y sólida piedad» publicada en el año 1947. Véase un extracto en *Ecclesia* 1 noviembre 1947.

(10) Discurso del último domingo de octubre 1947.

fesional, mediante la ayuda al obrero y a la clase burguesa; amor a la patria y consiguiente aceptación de las cargas que deben contribuir a su prosperidad... (11).

2.º Los epicúreos.

Que entienden que la doctrina católica está reñida con la alegría y el optimismo, reiterando vieja acusación que data ya de los primeros siglos del cristianismo y que pretenden que la renuncia ascética y el culto doloroso practicado por los cristianos o hace árida la vida produciendo fanáticos o crueles o hace víctimas que gimen o hipócritas y viciosos.

Cuando el catolicismo es doctrina de vida que hace plenamente feliz al hombre, de conformidad con las exhortaciones de San Pablo a los primeros cristianos: «Una y otra vez estad alegres, con alegría desbordante, en himnos y cánticos espirituales.»

Y cuando el catolicismo invita a disfrutar de los placeres del cuerpo y del espíritu como dones providenciales, siempre que sean rectamente apreciados y contenidos en los límites de la moralidad.

### 8. - Conclusiones a todo lo anterior

Recapitulando cuanto hasta aquí se ha dicho, afirmaremos:

1. No se hallará solución a la crisis social si no se acude a la Iglesia católica, acatando sus enseñanzas.

2. La restauración de la vida cristiana, enseñanza primordial de la Iglesia, presupone la absoluta necesidad de la vida religiosa sobrenatural...; es preciso una sobrenaturalización de nuestra religiosidad, pues como dice Mercier (12):

«Numerosos son los cristianos que al pensar en Dios no se representan sino al Dios de la razón humana, se imaginan allá en las alturas lejanas a un ser supremo subsistente por sí mismo, pero como inmóvil e inerte. Nuestra fe nos enseña que tan esencial como subsistir por sí mismo, es para Dios tener una vida interna de pensamiento, de inteligencia, de voluntad y de amor...; basta ya, pues, de esas especulaciones hueras del pensamiento abstracto sobre la virtud y el deber, de esa obsesión egoísta que mantiene al alma en el primer plano y relega a Dios al segundo; basta de esos esfuerzos en el vacío para alcanzar a un Dios extraño. Mi Dios piensa en mí, se interesa por mí, me atrae hacia El, me desea, me quiere, me ama.»

3. Debe huirse del quietismo y de la herejía de la acción, porque «la verdad de la fe y la regla de la vida son inseparables en un cristiano sincero, siendo el conocimiento de las cosas divinas el fundamento para una buena vida».

4. Que la vida debe ser dirigida, santificada, nutrida y animada por la oración, hecha toda divina por la unión con Dios; una vida en que Dios sea un principio invocado y perseguido siempre..., abandonándose a su influjo, encomendándosele las empresas y aguardando todo de El, la gracia que comienza, la que acompaña y la que sigue a la acción (13).

5. La obra sobrenatural —y por ello sobrehumana— de salvar al mundo actual exige de todos los católicos como condición de éxito vida interior sobrenatural, intención sobrenatural y medios sobrenaturales (14).

J. M. Martínez-Martí

(11) Mercier.—El concepto católico de la vida, Madrid 1941; pág. 257.

(12) Ob. cit., pág. 466.

(13) Peiró.—El problema religioso social de España. Madrid, 1935.

(14) Parfraseando los estatutos de la Acción Católica.



## PASTORES Y DEFENSORES DE TAN INNUMERABLES OVEJAS...

Todos casi únicamente se impresionan con las perturbaciones, calamidades y ruinas temporales. Y ¿qué es todo esto, mirándolo con ojos cristianos como es razón, comparado con la ruina de las almas? Sin embargo, *se puede decir sin temeridad que las condiciones de la vida social y económica son tales, que una gran parte de los hombres encuentra las mayores dificultades para atender a lo único necesario, a la salvación eterna.*

Pastores y defensores de tan innumerables ovejas hemos sido constituídos por el Príncipe de los Pastores, que las redimió con su Sangre, y no podemos contemplar sin lágrimas en los ojos tan inmensa desgracia; más aún, conscientes del oficio pastoral e impulsados por la solicitud paterna, meditamos continuamente cómo podremos ayudarles, recurriendo también al incansable empeño de quienes por justicia o por caridad se interesan por ellas. ¿Qué aprovecharía a los hombres hacerse hábiles para ganar aún el mundo entero por medio de un uso más sabio de las riquezas, si se condenasen las almas? ¿De qué sirve mostrarles los principios seguros de la economía, si arrebatados por una sórdida y desenfrenada codicia se entregan con tal ardor a sus cosas, que «oyendo los mandamientos del Señor, hacen todo lo contrario»?

(Pío XI, «*Quadragesimo anno*»).

# Hermandad de Cristo Trabajador

## UNA IDEA Y UN HECHO

### I

LA IDEA, fruto de la experiencia de largos años de trato y de apostolado con obreros, es la necesidad primordial y la decisiva eficacia del *espiritualismo* para el retorno de las clases trabajadoras al seno de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica y al Corazón amabilísimo de Jesús.

*El mal.*—El concepto materialista de la vida —común denominador del socialismo en todos sus grados y del capitalismo liberal en todas sus formas y sistemas— es la epidemia moral que sume a la sociedad presente en un abismo cada día más hondo de dolores y tragedias.

El materialismo sensualista del Renacimiento que hizo posible aquel aborto del infierno llamado protestantismo con su vergonzoso cortejo de lujurias y crueldades, de guerras y revoluciones, es hoy el único que podría hacer también posible este otro engendro, codicioso hasta lo sumo de los bienes de la tierra, ambicioso y despótico, antisocial, antimoral y antideísta que llamamos bolchevismo.

Porque, si no todos, muchos ciertamente, aun entre los que presumen de piadosos y hacen gala de conservadores derechos, están más o menos contagiados por esta tan destructora y universal epidemia que lleva el hombre al aprecio desordenado de los bienes materiales de este mundo.

Católicos hay que simpatizan con ciertos criterios y tendencias comunistas, tales como los «Progresistas cristianos», o proceden en ocasiones socialmente como procederían los más auténticos de entre los dirigentes bolchevistas, es decir, los más materializados capitalistas; y a veces, aun en cosas de caridad y de apostolado con el pueblo, se nos infiltra un excesivo aprecio de lo visible y tangible con detrimento de lo espiritual, una especie de idolatría por lo ruidoso y espectacular con descuido del espíritu de humildad y de oración y un desmedido afán por el resultado inmediato y como de bulto, aunque superficial y efímero, con menos aprecio del trabajo obscuro y abnegado indispensable generalmente para un fruto moral sólido y duradero.

*El remedio.*—¿Lo buscaremos ingenuamente en aquel principio de *Similia similibus curantur*? «El pueblo está materializado, no vayamos, pues, a él con espiritualismos. ¿Quiere bienes materiales? Pues ofrezcámosle bienes materiales. Es un medio, una táctica. Entraremos con la suya para salir con la nuestra.»

La experiencia de largos años, así propia como ajena, diligentemente observada y consultada, nos ha demostrado cuánto suele haber de peligro y aun de engaño en ello y nos ha hecho más bien decididos partidarios de la acción más directa, más valiente y más espiritualista, según el principio patológico-moral: «*Contraria contrariis curantur*». El fuego se extingue con agua, y el mucho materialismo se vence con mucho y verdadero espiritualismo.

*Cuerpo y alma.*—Claro es que el hombre no es sólo espíritu, y que, como decía en una semana social de Francia un ilustre y benemérito apóstol de los obreros con regocijado aplauso del público que le oía: «*No hemos visto todavía las almas andarse solas por estos mundos del trabajo*». Pero también lo es que el hombre no es sólo cuer-

po, que todavía no hemos visto, ni veremos, los *cuerpos sin alma*, es decir, cadáveres ambulantes rebullirse por estos mundos laborales. No cabe duda que si ambos componentes del ser humano son necesarios, y a ambos hemos de atender indiscutiblemente, razón es que atendamos más y demos la supremacía al alma, y a todo lo espiritual, y a ello subordinemos lo más directa y eficazmente posible todas las atenciones y cuidados que dediquemos al cuerpo.

*Apostolado recreativo.*—Dios me libre, pues, de negar que los medios y atractivos materiales —los de carácter recreativo, por ejemplo— tengan también su valor, por lo menos transitorio, para atraer a nuestro campo las clases trabajadoras, particularmente en su juventud; pero es cierto que esconden el peligro —tantas veces comprobado— de que nuestro dinero, nuestro tiempo, nuestras energías y preocupaciones queden más o menos absorbidos por estos medios, sin llegar al fin deseado; o, lo que peor es, y no menos real acaso, que sólo logremos materializar más a los otros y materializarnos más a nosotros mismos. Sacerdotes y párrocos muy beneméritos de la acción social hemos oído, en otros tiempos, lamentarse amargamente de este funesto resultado experimentado por ellos mismos y en sí mismos. Por otra parte, jóvenes, y grupos enteros de jóvenes, hemos visto que han ganado poco o nada y aun han perdido y hecho perder mucho por este tan fácil y corriente sistema.

*Apostolado benéfico.*—Medios naturales son, mucho más necesarios y más nobles —impregnados muchas veces del más puro y abnegado espiritualismo—, las obras de beneficencia material. Y gran vergüenza es que no estén más atendidas, sobre todo en algunas populosas ciudades, a pesar de los beneméritos esfuerzos de hombres de autoridad y de reconocido prestigio.

Y no obstante, nos atrevemos a decir: ¡Qué monstruosa aberración no sería desatender la que podríamos llamar beneficencia social!

Apoyar económicamente, o servir personalmente, a un hospital o asilo, donde se curan los cuerpos enfermos, raquíticos o envejecidos, es caridad muy necesaria y muy benemérita, y a veces muy urgente.

Pero es también caridad —y en ocasiones tanto más necesaria, benemérita y fructuosa— cuidar socialmente y ex profeso de las almas, dando luz a sus inteligencias y sanando o robusteciendo las voluntades, en beneficio no sólo del espíritu, sino con necesaria y muy amplia irradiación en bien material de los mismos cuerpos.

«*Al cuerpo, y por el cuerpo, al alma.*» — ¡Hermoso lema! Pero con éste, tanto y más este otro: «*¡Al alma, más que al cuerpo!*» Porque el cuerpo, parcialmente en el tiempo y totalmente en la eternidad, está en función del alma.

También aquí, como en la patología física, la medicina preventiva es mejor que la curativa. En una epidemia, necesario y urgente es acudir a los contagiados; pero sería locura criminal que, so pretexto de acudir a los enfermos ya contagiados, no se tomara con el máximo interés evitar que los sanos se contagiaran. Aun económicamente sería ello una ruina.

El mal corporal es más visible y tangible, más asequible a nuestro corazón de carne. El mal moral, que se esconde en el fondo de todos los problemas sociales, aparece de por sí menos a la superficie: es más difícil de ser comprendido por el corazón en todo su justo y trascendente valor. Y tanto más cuanto más materializados estamos. Mueve menos y se descuida más.

Si todos los males morales —y por lo mismo que morales, religiosos— que aquejan a la sociedad de hoy, y son causa de otros males físicos, aparecieran a la superficie y se hicieran perceptibles a nuestros sentidos, el mundo todo sería un vastísimo hospital en donde se vería con horror una gran abundancia de sangre y de podre y se oírían con estremecimiento desgarradores ayes de dolor y continuos llantos de desesperación y profunda pena.

¿Se ha calculado alguna vez el cúmulo de dolores, de vergüenzas y de dinero que se ahorraría en enfermedades del cuerpo atendiendo más y mejor a las necesidades y enfermedades del alma? ¿Cuántas camas sobrarían en asilos, clínicas y hospitales?

*Apostolado económico-social.* — Elevada caridad y medicina preventiva suelen ser de suyo las obras económico-sociales de previsión y cooperación, pero ¡cuántas veces hemos visto, y podemos ver en cualquier momento, que si nos atenemos solamente a lo material de ellas, no se obtiene el fruto que de ellas era de esperar, sino tal vez el contrario!

*El ahorro*, por ejemplo, es un gran bien social. ¿Quién podrá dudarlo? No obstante, si no se le educa, si no va orientado moralmente, si no se espiritualiza, podrá servir para acumular los medios con que cometer un crimen, con toda su secuela de gestiones y gastos policíacos y procesales, o para pasar disolutamente una noche de orgía, productora quizá de alguna de estas enfermedades dolorosas, costosas y humillantes, que son vergüenza y baldón de la sociedad moderna.

Otro ejemplo: *El cooperativismo* es excelente, pero cooperativas de consumo hemos visto que han tenido que ser cerradas por sus mismos dirigentes y fundadores, porque el resultado no era un mayor bienestar social, sino un mayor aumento de materialismo y una fuente de mal-estar, de rebeldías y discordias. Faltaba moral, faltaba espíritu en las personas o en los procedimientos.

Las mismas *obras de carácter mutuo*, en su origen tan caritativo, podrían fácilmente convertirse, si el ambiente está materializado, en negocios de frío cálculo, o, peor aún, en empresas de explotación egoísta y sin entrañas.

¿Con quiénes? — El apostolado con niños y ancianos, con enfermos y heridos, aun ejercido en obras de misericordia espirituales, atraen también más, y mueven más a la prestación personal, y proporcionan más donativos que el apostolado con el obrero que actúa como tal y que, en el pleno vigor de sus fuerzas, trabaja para ganarse noblemente el sustento para sí y para sus familiares; y ello trae consigo un funestísimo riesgo: el de tener realmente abandonados en nuestro apostolado a los *obreros de hoy*.

Los niños de familia obrera serán un día obreros, hoy no lo son. Los ancianos de los asilos lo fueron; hoy no lo son. Los enfermos del hospital, lo fueron y acaso lo serán; hoy no lo son. Bueno es y muy bueno que se haga con los obreros de ayer y de mañana mucho apostolado, y ojalá se hiciera mucho más. Pero con los obreros de hoy, con los que actúan hoy como tales obreros, con los que hoy hacen o pueden hacer mucho bien o mucho mal entre sus compañeros de trabajo, que pueden ser una salvación definitiva o una definitiva pérdida y ruina para la sociedad... ¡cuánto abandono!

«Es tan duro, se dice, tan árido, tan infructuoso... ¡tan expuesto a disgustos y fracasos! No; dejemos a los obre-

ros de hoy. Es generación ya malograda; vamos a la mujer. ¡Es tanto lo que ella puede con el hombre! Y ¡la madre! Ella es la que forma al niño. ¡Vayamos al niño! Es el hombre de mañana.» Y hemos tenido, en efecto, las iglesias llenas de mujeres y de niños durante años y años, mientras los hombres decían despectivamente: «¿Religión? ¡Cosa de niños y mujeres!»

Pasaron unas y otras generaciones; y los nuevos hombres, los nuevos obreros recristianizados por el poder de aquellas mujeres y formados en aquellos niños de ayer por la solicitud de aquellas madres, no se han visto en la sociedad, ni en nuestros templos, ni asociaciones, como tranquila y confiadamente esperábamos. ¡Cruelles ilusiones de la vida!

La realidad es que la mujer no manda en definitiva ni en la familia ni en la sociedad. Por mucho que pueda con su corazón la mujer sobre el hombre, más puede el hombre sobre la mujer por la inteligencia y por la voluntad. Dios ha hecho al hombre cabeza de familia y, por consiguiente, rector de la sociedad. Por eso puede tanto para el bien o para el mal. Ella es y será sólo lo que Dios dijo: *Adjutorium!* Un auxiliar. Verdad es lo de: «Si las mujeres fueran buenas, los hombres no serían malos»; pero más verdad es que «si los hombres no fueran malos, las mujeres serían buenas o mejores».

¿Y los niños? Socialmente son, hoy por hoy, como las ondas del río que mueren en la mar. Allí pierden su dulzura encantadora para convertirse en el agua salobre, amarga y tempestuosa de la corrupción y perversión de la masa. ¡Pobres niños de familia obrera cuando dejan la escuela para irse al taller o a la fábrica, sobre todo en las grandes ciudades materializadas y por lo tanto corrompidas y pervertidas! ¿Será posible que resistan al ambiente de *los hombres*, sus maestros o superiores profesionalmente?

Nos dijimos: «Si los niños son nuestros, serán nuestros los jóvenes, y si los jóvenes son nuestros, serán nuestros los hombres», para la causa de la sociedad y de Dios. Mejor nos hubiera ido si nos hubiéramos también dicho: «Si los hombres son nuestros, lo serán ciertamente los jóvenes y los niños». «Haya buenos maridos y buenos padres y la futura generación de hombres —acaso no muy lejana— será del todo nuestra.» Y lo hubiera sido.

Un recuerdo: hombres eran de barriadas obreras, malleados por el socialismo y comunismo, aquellos que después de una campaña de propaganda espiritualista llevada valientemente a feliz término por unas señoritas en tiempo de la República, dieron ocasión a que dos de las dirigentes, cada una por su lado, pudieran resumir todas sus impresiones apostólico-obreras en estas dos magníficas frases referentes a barriadas distintas: «Yo diría, Padre, que esta gente tiene sed de la verdad». Una. Y otra: «Yo diría que estos hombres tienen hambre de Dios». Verdaderamente, «*Parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis*».

Se dirá, no obstante, que la realidad es que muchas veces no están ellos dispuestos a recibir de nosotros la verdad y la gracia de Dios. Seamos sinceros. ¿No será tal vez que nosotros somos los que no estamos a veces verdaderamente resueltos a enseñarles la verdad, ayudar su buena voluntad y merecerles la gracia de Dios?

Y si no están bien dispuestos, dispóngámoslos. Van ellos alocada o por lo menos desmedidamente tras los bienes materiales, porque los conocen y aprehenden como tales bienes. Démosles a conocer nosotros los bienes espirituales y los apreciarán. «*Nihil volitum quin praecognitum*.» Esta ha de ser entonces nuestra labor propiísima a toda costa.

Es más cómodo, más fácil, más natural el trabajo de apostolado con mujeres y niños. ¡Convenido! Pero, y si es más necesario y meritorio, si es más seguro y eficaz y más trascendente el apostolado con los hombres, ¿qué

## PLURA UT UNUM

importa que sea duro y abnegado? Si es más obra de fe y de confianza en la divina gracia, es decir, más espiritual y sobrenatural, ¿lo dejaremos a un lado o lo relegaremos al segundo lugar?

\* \* \*

Si una parte del tiempo, del dinero y de las energías que hemos gastado en los medios y atractivos naturales para nuestro apostolado social —medios caros de tiempo, de dinero y de energías— lo hubiéramos gastado en medios espirituales; si hubiéramos seguido más el prudente consejo de San Ignacio en la parte décima de sus Constituciones: «Los medios que juntan al hombre con Dios... son más eficaces que los que le disponen para con los hombres»; si hubiéramos imitado más al gran Apóstol San Pablo en aquella su valiente y eficazmente sublime decisión: «No quiero predicar sino a Cristo y a Cristo crucificado»; si como él y como los doce apóstoles hubiéramos creído más en la consoladora y confortadora profecía de Cristo: «Cum exaltatus fuero a terra omnia

traham ad me ipsum», «Todo lo atraeré hacia mí cuando fuere levantado de la tierra sobre la cruz», seguramente que la sociedad de hoy no fuera lo que es y lamentamos todos.

\* \* \*

Terminemos: Cristo, nuestro modelo, no descuidó ciertamente ni los niños ni las mujeres; ni los ricos ni los intelectuales; ni mucho menos los enfermos. Pero le vemos habitualmente rodeado de hombre del pueblo, de pobres trabajadores. Cristo fué el hombre más popular y sanamente obrerista que hubo jamás en el mundo. Y en este su apostolado popular, y en todo su apostolado, su principal y habitual labor fué la de atender al bien espiritual de las almas, aun en su actuación benéfica corporal, iluminando sus inteligencias y atrayendo sus corazones por el amor.

¡Espíritu! ¡Espíritu es lo que falta! Espíritu de Cristo que nos lleve a imitar y seguir a Cristo lo más de cerca posible.

## II

EL HECHO —hecho apostólico-obrero saturado de profundo espiritualismo, de sólida piedad y valiente ascética— es la «Hermandad de Cristo Trabajador», fruto de aquella idea, alentada por una vida y por una doctrina.

*La vida.* —La misteriosa de Cristo en el taller de Nazaret. Todo un Dios se hace hombre para salvar al mundo; y de los treinta y tres años que sabía había de vivir en vida mortal, quiere pasar casi los treinta en un pequeño taller de carpintería, trabajando como un pobre y humilde trabajador para ganarse su sustento y el de su Madre. ¡Qué fuerza tan insospechada no ha de tener, para la redención de la humanidad, el trabajo cristiano!

Busquemos, pues, apóstoles que sean como los hermanos menores de Cristo; que trabajen con El y por El, para la recreación del mundo obrero. Es posible, aunque difícil; ¡los hay tan privilegiados de Dios, de tanta humildad y docilidad, de tan profunda piedad, de tanto espíritu de abnegación y sacrificio y de tan ardientes anhelos de apostolado! Los hechos y las íntimas confidencias nos lo han revelado así no pocas veces.

*La doctrina.* —La tantas veces y tan encarecidamente inculcada por el Papa Pío XI: el apostolado del obrero por el obrero mismo o en el propio ambiente. «Para que retornen a Cristo estas diversas clases de hombres que le han renegado, es necesario ante todo reclutar y formar en su mismo seno auxiliares que comprendan su mentalidad, sus aspiraciones; que sepan hablarles al corazón en un espíritu de caridad fraterna», palabras son éstas de aquel Pontífice... y tantas otras.

He aquí una breve noticia de esta Hermandad, que fué por tiempo una ilusión y que hoy es ya, por la gracia de Dios, un hecho.

Nació en el seno de la «Congregación de Nuestra Señora de la Estrada y San Ignacio de Loyola para Empleados y Trabajadores», al calor de la devoción a la Inmaculada Virgen María y al Santo Patriarca, el 8 de diciembre de 1943.

Ha sido aprobada canónicamente el 24 de enero del corriente año. Su fin es santificarse y santificar en el trabajo y por el trabajo a los trabajadores. Su lema característico es: «Monjes por dentro, trabajadores por fuera».

Actualmente, en lenguaje canónico, es una *Pía Unión*, pero su aspiración, desde el principio, fué la de cristalizar en lo que el Papa denominó después Institutos Seculares en su Constitución «*Provida Mater Ecclesia*».

En consecuencia, no todos sus miembros viven en co-

munidad. Los hay que viven en sus familias. Los primeros, del *Primer Grado*, son actualmente una veintena, y los restantes, del *Segundo Grado*, una decena. *Unos treinta en conjunto.*

*Hay dos ramas:* sacerdotal y laical. *La sacerdotal* —hoy sólo formada por escolares— cuenta con seis, de los cuales, dos se preparan para ir al Seminario el curso próximo, si hay manera de proporcionarles una beca; otros dos estudian latinidad en el Seminario de Vich, con becas pendientes en parte de pago, y otros dos cursan Filosofía en el Colegio Máximo de la Compañía de Jesús en Sarriá.

*Los legos* que viven en comunidad salen a trabajar a su hora y en sus puestos, para el ejercicio del tan eficaz *apostolado del obrero por el obrero mismo*, y en casa toman parte, según su aptitud y posibilidad, en los quehaceres domésticos.

Todos llevan *vida intensamente religiosa*, mejor se diría monacal, y se procura infiltrar en ellos el amor a la liturgia y al canto gregoriano, según sus posibilidades y género de vida.

Tienen unas *tres horas diarias de ejercicios espirituales* o de culto —hora y media por la mañana y otro tanto por la tarde— distribuidas en oraciones vocales, meditación, misa y comunión diarias, exámenes, pláticas, lecturas y visitas al Santísimo.

*Viven espiritualmente* en la práctica de las tres virtudes, objeto de los votos religiosos: *pobreza, castidad y obediencia*, y ejercitan la mortificación y penitencias corporales, así como la humildad, tanto privada como públicamente, en sus capítulos y otros actos de comunidad.

*No llevarán hábito* propiamente dicho; pero, cuando tengan medios para adquirirla, vestirán dentro de casa una especie de túnica o guardapolvo uniformado de color azul oscuro, y en la capilla un manto o capa blanca con el cuello azul celeste en honor de la Inmaculada Virgen María, en cuya fiesta nació la institución y a la cual han de profesar una especialísima devoción todos los Hermanos.

*Se mantienen de su trabajo*, entregando todo cuanto perciben por cualquier concepto al Hermano Administrador y de esta *única fuente de ingresos* han de mantenerse también los que están al cuidado de la casa, sin ganar sueldo alguno, y los que cursan los estudios para ser sacerdotes de la Hermandad. ¡Cómo agradecerían estos obreros cualquiera ayuda económica para sufragar los gastos de su carrera!

De éstos se elegirán los que hayan de desempeñar

*cargos directivos y formativos* y todos habrán de consagrarse *exclusivamente al apostolado sacerdotal entre los trabajadores*, después de una formación especializada, ya que lo que más falta hace en el mundo, y particularmente en el mundo del trabajo, es sacerdocio y espíritu sacerdotal. Más que quitar al sacerdote horas de ministerio sacerdotal, llevándole a trabajar al taller o a la fábrica permanentemente como un simple obrero, según se hace en alguna nación vecina, creemos que hace falta levantar al obrero haciéndole que de seglar suba a sacerdote o se le impregne lo más posible de espíritu sacerdotal, para que trabaje después, como sacerdote o sacerdotalmente, con los obreros, en las fábricas o fuera de ellas.

El *apostolado de los Hermanos* ha de ser no sólo, ni primaria, ni principalmente, el apostolado de la *acción*, sino más bien el del *trabajo* mismo hecho en unión de Cristo Trabajador y por amor suyo; el del *buen ejemplo*, siempre efficacísimo, pero en especial y de una manera en verdad sorprendente entre los trabajadores; el del *sacrificio*, ya que tan sacrificada es de suyo y particularmente hoy día la vida del buen trabajador; y, más que ningún otro, el de la *oración* que podríamos llamar *laboral*, hecha por el bien de sus compañeros, de sus amos y por la clase obrera en general. ¡Qué aspiración tan santa y qué tarea tan hermosa la de convertir por su parte los campos abiertos del trabajo agrícola o las salas cerradas del trabajo industrial —fábricas y talleres donde resuena a veces la blasfemia y reina el pecado— en sagrados templos, uniendo al esfuerzo físico las alabanzas a Dios, la oración y el apostolado!

El *método* que siguen es el de infiltración y captación regido por un verdadero y abnegado amor fraternal, aun a los más opuestos en ideas y sentimientos; amor salido del Corazón de Jesús, único remedio para la salvación del mundo egoísta en que vivimos. Y les respetan... ¡y les aprecian!

Sus reglas les presentan además como ideal dar la vida, si es menester, por la conversión de sus hermanos trabajadores; dura vida, se dirá, y difícil institución. Ciertamente, pero «non est abbreviata manus Domini». Otras hay, aun de mujeres, más difíciles y duras. En todo caso no lo es tanto como parece, con la gracia de Dios. Lo cierto es que la paz y la alegría reinan francamente en ella.

En la Hermandad habrá, D. m., *tres clases de casas*: las de *formación espiritual* de los Hermanos con más carácter de vida contemplativa y monacal; las de *apostolado interno* o de formación profesional, no sólo para los Hermanos, sino también para jóvenes obreros escogidos —a ser posible, en pensionado—, con vida menos

contemplativa y más activa; y, por último, las de *apostolado externo*, más propias de los ya completamente formados y que han de salir a trabajar en despachos, fábricas o talleres para el apostolado en el propio ambiente con el lema más propio suyo de «Monjes por dentro, trabajadores por fuera».

Las *actividades* propias de este nuevo Instituto religioso-obrero son: Ejercicios Espirituales para trabajadores, cursillos sociales y apologéticos para los mismos, colegios para hijos de obreros, residencias para jóvenes trabajadores, escuelas y centros de formación profesional y todo cuanto afecte a la formación, propaganda y recristianización en general de las clases trabajadoras.

Todo hace prever que, pasadas las primeras dificultades propias del nacimiento de toda Congregación religiosa, y más si es de una tal índole, tendrá no poca aceptación, con la gracia de Dios, a juzgar por las peticiones de personal y por los elogios que, aun conocida sólo accidentalmente, se han recibido de personas de autoridad y prestigio, así civiles como eclesiásticas.

Tan pronto como se cuente con los medios necesarios se imprimirá un *librito* con los estatutos canónicos, las reglas generales y las oraciones peculiares de esta nueva institución religioso-obrera.

Todos los Hermanos, y sus amigos y simpatizantes, oran mucho al Señor para que cuanto antes se les proporcione *casa para entablar el noviciado y hallen alguna base económica productiva*, por ejemplo, alguna pequeña industria doméstica o, en su defecto, algunas becas con que mantener a los novicios.

\* \* \*

El Dios que, hecho hombre, quiso hacerse humilde trabajador «*Faber Filius Mariae*», quiera suscitar pronto generosos protectores y sobre todo muchas y muy selectas vocaciones de entre los jóvenes obreros, y aun de entre los no obreros, los cuales, por amor a la clase obrera y a Cristo Trabajador, quieran, a imitación suya, ser pobres o hacerse pobres como El, «*Egenus factus est cum esset dives*», para retornar las clases trabajadoras a su amantísimo Corazón.

\* \* \*

Aquella idea quedó plasmada en *este hecho, hecho eminentemente espiritualista*. El Sacratísimo Corazón de Jesús quiera amarlo y bendecirlo para su gloria y el bien de las almas. Quieran también amarlo y apoyarlo los que aman de veras al Corazón de Cristo y su reinado en el mundo, particularmente en el mundo obrero.

Juan Soler de Morell, S. I.

Director de la Hermandad de Cristo Trabajador

**L**os verdaderos concedores de la ciencia social piden insistentemente una reforma asentada en normas racionales que conduzcan la vida económica a un régimen sano y recto. Pero este régimen será incompleto e imperfecto, si todas las formas de la actividad no se ponen de acuerdo para imitar y realizar, en cuanto es posible a los hombres, la admirable *unidad del divino consejo*.

(Pfo XI, Enc. Quadagesimo anno).

# Del «Diari íntim» de Francisco Soliguer

## «Señor, dadme la forma que Vos habéis escogido para mí»

(P. Charles, S. I. «La Oración de todas las horas»)

CRISTIANDAD publica hoy — colaboración póstuma de quien habría sido, sin duda, uno de sus mejores amigos — unas hojas del «DIARI INTIM» de Francisco Soliguer, con cuyos ideales y espíritu se siente ella tan compenetrada.

Patrono por vocación: he aquí lo que era, en sus veinticuatro años, Francisco Soliguer, un patrono «otro Cristo», he aquí a lo que aspiraba y lo que confiaba ser, esforzándose en concretar esta vocación general de todo cristiano, ante todo, en la virtud de la pobreza — «opulencia» espiritual, la cual ¿no habría de ser, sin duda, la virtud fundamental, específica, de quienes viven en el mundo de los negocios?

De esta manera, su personalidad, madurada, ciertamente, en una experiencia prematura por la revolución y la guerra, pero más todavía por una seria y sencilla correspondencia a la gracia, llegó a ser una viviente refutación tanto de aquellos que estiman insuperable ya la distancia que media entre las diversas clases sociales y se entregan a la absurda satisfacción de sus egoísmos y apetencias, como de aquellos otros que intentan salvar esta distancia con traidoras concesiones doctrinales, faltos de confianza en el poder de una Verdad que nunca han amado de veras.

De los fragmentos que reproducimos, el último de ellos (7 de septiembre de 1943) tiene una especial e interesantísima significación: su redacción precedió tan sólo de unas horas a su muerte, ocurrida en un accidente dramático que de ninguna manera podía prever, y en el ejercicio activo de la caridad para con el prójimo. El Señor haya aceptado la oblación sincerísima de su vida, repetidamente ofrecida en la confianza de la fecundidad sobrenatural del sacrificio.

Día 6 de noviembre de 1939.

Estos días, «Jesucristo, Luz del alma» habla de las riquezas. Lo primero es necesario aceptar la palabra de Dios sin subterfugios, con ánimo de hacerla Ley de nuestra actividad. Dadme, pues, Señor, vuestra gracia para que en mí sea de esta manera.

«Guardaos de toda avaricia.» Avaricia de los bienes adquiridos, avaricia de los bienes que no poseemos. La avaricia no debe ser nunca el móvil de nuestra actividad. Una vez alcanzados los bienes materiales necesarios para nuestro sustento decoroso y para la educación de la familia, que nuestros bienes sirvan para hacer el bien.

Lo que sobra de nuestro estado y condición legítima es, por precepto evangélico, de los menesterosos, no nuestro.

Esta es una de las lacras de nuestro tiempo. En vez de guardarnos de toda avaricia, se puede decir que el móvil de todos, ricos y pobres, es la avaricia. Y como la riqueza es un peligro que únicamente puede ser vencido por la gracia de Dios, de la cual el Mundo no siente ninguna necesidad ni deseo, ¿no podría ser este afán de riquezas una de las causas principales del malestar de nuestro tiempo? ¿De una manera especial de la poca consistencia del sentimiento religioso —de su total ausencia en la mayoría— de lo que depende todo otro malestar? Y si la parte del afán de riqueza en nuestro desequilibrio no fuese tan importante, porque tuviese causas más remotas, bien se puede afirmar que todos esos errores han producido en nuestro tiempo, entre otras aberraciones, esta tan importante y tan decisiva, en la cual quizá se puede sintetizar todo nuestro mal.

Pero vale más dejar el plano general para situarse en el plano personal.

Ya que me habéis situado, Señor, en un ambiente de riqueza, os ruego me otorguéis vuestra gracia para saber servirme de ella según vuestro precepto evangélico. Vuestras palabras, aunque las reconozco motivadas por vuestro deseo de salvar a todos, ricos y pobres, me dan miedo. No permitáis, Jesús mío, que mi corazón se endurezca como el del rico Epulón. No permitáis que las riquezas me sean un obstáculo para entrar en el Reino de los Cielos. Haced, Señor, que me reconozca siempre administrador de vuestros bienes, que vea en mi posición social no un privilegio, sino un deber. Haced, Señor, que use siempre de los bienes materiales con aquella confianza que a

Vos tanto place: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura.»

Os pido también vuestra gracia, ¡oh Señor!, para cumplir, en cuanto lo permitan mis deberes, no sólo el precepto, sino también el consejo.

Día 6 de mayo de 1940.

Nuestra responsabilidad es muy grave; hemos de vivir hasta tal punto la vida de Cristo, que nuestros hermanos Le reconozcan a través de nosotros. Y, Jesús nos lo ha dicho, se nos ha de reconocer principalmente en nuestro amor y en nuestra caridad, que nada debe desengañar. Por nuestra conducta podemos alejar o acercar nuestros hermanos a Cristo. Por esto hemos de tener un saludable temor de no dar bastante, de no cumplir todo lo que Jesucristo quiere de nosotros; en una palabra, no hemos de cesar nunca en la lucha por la perfección.

En el fondo, el problema del apostolado se confunde con el de la santidad; cuanto más perfectos seamos, tanto más ayudaremos a nuestros hermanos a serlo ellos, más les serviremos, mejor cumpliremos el precepto de Cristo. Por lo tanto, también el amor al prójimo debe impelernos a la perfección. (...) Quien ama a Dios no tendrá otro deseo que servirle, y sólo podrá servirle sirviendo a sus hermanos, sacrificándose por ellos si fuese necesario. Esta es la voluntad divina. El amor al prójimo, inseparable del amor a Dios. «L'état parfait, la plénitude de notre croissance c'est un don éternel, donc toujours actuel, de nous mêmes aux autres, c'est la Communion des Saints.»

Día 11 de julio de 1940.

(...)

Por otra parte, cada día estoy más convencido de que la fábrica es la voluntad de Dios sobre mí, para cumplir totalmente la Doctrina social de la Iglesia, para dar desde este lugar testimonio de su justicia y de «su caridad». Para ser —aunque la palabra pueda parecer desplazada, y a mí mismo me cuesta escribirlo— «otro Cristo».

¡Un patrono, «otro Cristo»! Esta es la labor que Vos queréis de mí, y que Vos llevaréis a término en mí. No tengo duda ninguna de que lo lograré. Únicamente Vos sois mi fuerza.

Precisamente estos últimos días, «Jesucristo, Luz del alma», y «La oración de todas las horas» me han ayudado, con sus meditaciones, a hacerme comprender mi mise-



Francisco Soliguer

ría. Señor, veo claramente que todo lo bueno que pueda haber en mí sois Vos quien en mí lo habéis puesto. En lo que sería sin Vos, no quiero pensarlo. Pero estáis en mí, triunfaréis en mí, y en Vos y por Vos haré cuanto de mí deseéis.

¿Es excesiva esta confianza? ¿Puedo pensar que en el momento en que vendréis a buscarme para no separarme ya más de Vos, puedo pensar, Señor, que en aquel momento podré deciros «*Consummatum est*», el trabajo que me confiasteis se ha realizado?

Ya sé, buen Jesús, que cuanto más trabajo más me haré cargo de lo que quedará por hacer; cuanto más perfecto, más veré lo que me faltará, más veré y comprenderé prácticamente lo poco que soy. Pero en cierta manera, ¿no es verdad que nosotros también podemos pronunciar aquellas palabras?

Sea como sea, buen Jesús, confío plenamente en Vos; no tengo intranquilidad ni duda ninguna en mi labor. Sé que deberé vencer muchas dificultades, pero por vuestra gracia saldré triunfante de todas cuando así convenga para vuestra mayor gloria.

Me dais fuerzas —y os lo agradezco de lo más íntimo de mi alma— para confiar en vuestro amor.

«*En vuestras manos, Señor, encomiendo mi alma.*»

Día 18 de agosto de 1940.

El Evangelio de la Dominica de hoy (Mat. VI, 20-33) ha de reafirmarme en una confianza absoluta en mi intención de practicar la doctrina social de la Iglesia con toda rectitud y a pesar de todas las dificultades. A quien busque en primer término «*el Reino de Dios y su Justicia*», Jesús no le abandonará, y no permitirá que surjan dificultades materiales tan grandes que impidan cumplir lo que su Iglesia quiere.

Claro que tropezaré con dificultades y tribulaciones, pero ninguna insuperable. Deberé luchar a fondo, con confianza absoluta en la palabra de Jesús, sin desanimarme.

Igualmente debo pensar en aquel propósito (del cual, de todos modos, hablaré largamente con mi Director a fin de conformarme totalmente con lo que Jesús quiere de mí) de ser tan pobre, o mejor dicho, para no usar esta

palabra impropia, «tan poco rico» como mi posición social me lo permita. En esta cuestión, cuando llegue el día de practicarlo y una vez alcanzada la seguridad de no cometer ninguna imprudencia, adelante y sin miedo. He de repetir lo que decía San Pablo: «*Todo lo puedo en Jesús*». Tengo la seguridad de su palabra. Dios no me abandonará.

Pero, cuando empiece a ganar dinero, habré de tener muy en cuenta lo que me exige el Evangelio y cumplirlo más allá del deber estricto, ser muy abierto a las necesidades del prójimo.

Todo esto el buen Jesús me dará gracia para llevarlo a término, porque es El quien me lo inspira.

Día 24 de octubre de 1940.

La vocación que Dios me ha dado es la vocación social. Es difícil, y tiene poco interés querer concretar excesivamente en qué consistirá mi trabajo, pero quizá sea bueno pensar en algunas ideas generales.

1.º Cumplimiento absoluto de la Doctrina social de la Iglesia.

2.º Hacer más que el estricto deber. Amar, como Jesús, hasta el fin. Este será el punto de aplicación práctica más delicado, pero «*nada me turba*». En el fondo se trata de no rehusar nada a Jesús. Con vuestra gracia lo haré. Por su infinita Misericordia no abandonará mi pobre alma y aunque por mi flaqueza no lo logre de una vez me irá conduciendo a esta opulencia que es la pobreza espiritual en la cual la sola riqueza es Jesús crucificado. Este es el término de nuestra lucha de todos los días, y si con fidelidad subimos los peldaños, llegaremos a Vos, plenitud de nuestra vida.

3.º Siento un gran amor a los obreros; pero, no obstante, comprendo que mi apostolado no podrá realizarse principalmente hacia ellos. Hacia ellos no podré ejercer otro apostolado que la oración y el ejemplo. Para ir a predicar a los obreros debería hacerme obrero; no creo sea ésta la voluntad de Dios. El apostolado debe ser una obra entre hombres de la misma condición. Materialmente, por la gracia de Dios, les ayudaré cuanto podré, pero creo que los obreros (como todos, por otra parte) por encima de todo necesitan hallar de nuevo al alma, a Cristo, que fué pobre por amor a todos y especialmente por amor a los pobres. Esta obra sólo la pueden emprender los mismos obreros, y si jamás sintiese vanidad por mi «vocación social», al pensamiento de que habéis sido Vos quien me habéis escogido para esto, puedo añadir la consideración de la poca influencia que podré tener en el apostolado que precisamente más me atrae.

Podré tener influencia entre los patronos, y este pensamiento no es vanidad, ya que todo lo bueno nos viene de Vos y realmente el trabajo que más me atrae es el retorno de los obreros a Vos, en lo cual bien poco podré hacer.

Día 21 de noviembre de 1940.

Buen Jesús, si los obreros están lejos de Vos, es por culpa, en mucha parte, de que, si bien los ricos iban o van a misa, no les han enseñado ni les enseñan lo que es vuestro amor.

Todos hemos de manifestar vuestras obras a los hombres. La caridad, en general, se practica poco. El amor no ha inspirado, como debía ser entre cristianos y como es vuestra voluntad, las relaciones sociales. «*Que todos sean una sola cosa como Vos, Padre, en mí y Yo en Vos; que ellos sean también una sola cosa con nosotros, para que el Mundo crea que Vos me habéis enviado.*»

Día 1.º de junio de 1942.

(...)

Tener que dirigir la fábrica me impone deberes de estado propios de esta ocupación. Estudio, en lo posible,

## PLURA UT UNUM

de las cuestiones a resolver, y para tener una buena preparación para el cargo. Me impone, además, un deber de paternidad, por decirlo así, sobre los obreros. Son como una prolongación de la familia. Su salud espiritual y temporal, sus necesidades, sus dolores y sus alegrías han de hallar siempre amor en mi alma. Sobre todo ha de preocuparme su salud espiritual, y si las circunstancias no permiten un apostolado directo que sería simplemente contraproducente, no ha de faltar el apostolado del ejemplo, del amor y de la oración.

Día 10 de agosto de 1943.

Si puede ser, Señor, dejadme dar mi vida por Vos. Que se haga, Señor, vuestra voluntad: pero quisiera morir mártir.

Si Vos no lo hubieseis dispuesto así, ayudadme, buen Jesús, a fin de que os entregue todos los instantes de mi vida, para que cuanto tengo, material y espiritual, sea vuestro. Precisamente la epístola de hoy nos habla de la caridad: «*Quien siembra con abundancia, con abundancia segará*». Y se debe dar con cara alegre, con plena confianza en Vos. «*Y Dios es todopoderoso para multiplicar sobre vosotros toda clase de gracias...*» Eso me recuerda la idea de lo que ha de ser toda mi vida, consagrada al apostolado social, a cumplir toda la Ley social de la Iglesia, a darme a los obreros con caridad.

Ya os lo he dicho otras veces, Señor, mas no importa que os lo repita, pues así quedará más fija esta idea y habré de pensar una vez más en esta misión que es, según creo, la que Vos queréis de mí.

Quisiera ser lo más pobre posible. Hay que vivir según el lugar que uno ocupa en la sociedad, es verdad, y en cierto modo tal vez es necesario incluso para el éxito del apostolado, que no ha de ser tan sólo de cara a los obreros, sino también de cara a los patronos, a todos los que tengan cargos de responsabilidad en el mundo del trabajo. Pero hay muchas cosas que ligamos a nuestra posición social y que son puramente convencionales: nuestra posición sería la misma, aunque nos abstuviésemos de ellas. En una palabra, hay en nuestra vida mucho de «superfluo» que hay que eliminar, y después hay que dar también un ejemplo de desinterés y desprendimiento en favor de nuestros hermanos más necesitados. Y no un desinterés y desprendimiento que nada nos cuesten, sino que nos obliguen a renunciar a algo.

Me parece que cualquiera que mire, a la luz de la Iglesia, la responsabilidad de la actual situación social, verá cómo los primeros culpables no son los obreros, sino las clases pudientes. ¿Se han preocupado alguna vez de cum-

plir, por no ir más lejos, la «*Rerum novarum*»? Hay aquí un pecado que debemos expiar, y únicamente lo realizaremos si actuamos con caridad y renunciamos a una parte por lo menos de nuestros deberes estrictos, de buen gusto. Debemos amar para rehacer esta unidad que hemos sido los primeros en romper.

De momento me siento inclinado a emprenderlo; ya sé que la tarea será muy difícil —peligros de falta de prudencia y todavía más de exceso de prudencia—; pero tengo plena confianza en Vos. Si Vos me habéis llamado a esta tarea, no me abandonaréis y me concederéis la gracia necesaria para llevarlo a término.

Viladrau, 7 de septiembre de 1943.

Vos, buen Jesús, lo sois todo para mí. Pero ayudadme para que esta idea de tenerlo todo en vos se manifieste en todas las circunstancias de mi vida. En la tentación y las dificultades, Vos seréis mi fuerza. En el pecado, Vos seréis mi perdón. En la enfermedad y la tristeza, mi consuelo. Vos la luz que me guiará por los senderos de la perfección. Vos mi vida divina que no acabará nunca. Vos mi bendición, en Vos finalmente encontraré el premio eterno.

Por Vos el Padre nos bendice, nos ama y nos hace hijos suyos. Vos y nosotros, por siempre jamás, seremos una sola cosa. Vos nos enviáis el Espíritu Santo para que habite en nosotros y nos haga semejantes a Vos.

Transformadme, Señor, en otro Cristo, en otro «Vos», de manera que en todo solamente busque la voluntad del Padre, lleno de amor hacia El, y que este amor se derrame sobre mis hermanos hasta dar, si conviene, mi vida por ellos. ¿No moristeis Vos por nosotros? La manera de servirlos ¿no es servir a nuestro prójimo?

Aumentad, Señor, mi espíritu de expiación de las propias faltas y de las ajenas, mi espíritu de abnegación y de sacrificio. Otorgadme, Señor, el espíritu de pobreza, de modo que se manifieste a toda hora en hechos prácticos; y en especial, cuando mi responsabilidad en este punto será más pesada. «*La excesiva preocupación por las cosas perecederas es el origen de todos los vicios*», dijo Pío XI.

Haced, Señor, que mi vida sea completamente opuesta a esta preocupación, vida vivida tan pobremente como me sea posible según mis deberes sociales. Un testimonio de que la confianza en Vos no es una palabra vana y de que hace más feliz que todos los bienes de este Mundo. En una palabra, que mi vida sea una vida verdaderamente cristiana, reflejo, en todo momento, de vuestra bondad y de vuestro Espíritu.

**H**OY MAS QUE NUNCA suena la hora de reparar, de sacudir la conciencia del mundo del grave letargo en que lo han hecho caer los tóxicos de las falsas ideas, ampliamente difundidas, tanto más cuanto que en esta hora de desastre material y moral el conocimiento de la fragilidad y de la inconsistencia de todo ORDENAMIENTO PURAMENTE HUMANO está desengañando aun a los que, en días aparentemente felices, no sentían en sí y en la sociedad LA FALTA DE CONTACTO CON LO ETERNO y no consideraban esta falta como un defecto esencial de sus construcciones.

(Mensaje de S. S. Pío XII, en la Navidad de 1942)

## Discurso de Su Santidad a los Delegados en las reuniones de la Comisión de la Oficina Internacional del Trabajo

*El día 25 de marzo recibió el Papa a varias delegaciones que habían tomado parte en las reuniones de la Comisión de la Oficina Internacional del Trabajo.*

*El Vicario de Cristo pronunció en este acto las siguientes palabras:*

Os rogamos, señores, que en esta acogida nuestra, en un período de especiales ocupaciones dentro de este año como es el presente, veáis una señal del interés que tenemos por vuestros trabajos. Vuestro deseo, con instancia expresado, de llegar hasta Nos, prueba que reconocéis y apreciáis este interés, ya que vosotros mismos concienzudamente consideráis el aspecto moral de vuestra labor.

Efectivamente, por una parte, hemos manifestado muchas veces nuestra preocupación por la urgente y angustiosa necesidad de procurar a miles, a millones de individuos y de familias un alojamiento que les asegure un mínimo de higiene y de bienestar, de dignidad y de moralidad. Es decir, que a nuestros ojos la obra de la construcción es de primerísima importancia; por otra parte, no tenemos que detallar aquí las dificultades que salen hoy al encuentro de vuestra obra. Os son demasiado conocidas y forman el objeto de vuestras deliberaciones. Pero, en fin de cuentas, pueden reducirse al desequilibrio entre los pueblos acreedores y los pueblos deudores. Las vicisitudes de la guerra y de la postguerra lo han llevado a un punto tal de gravedad, que en un porvenir próximo la mayor parte de las naciones se verán obligadas a orientar, según una dirección más o menos exclusiva, su producción, y, por consiguiente, el trabajo, la explotación del suelo y la inversión de los capitales.

¿Quién sufrirá con más dureza las consecuencias de esta constricción sino la gran masa de la población? Ella tiene necesidad de viviendas, como tiene necesidad de vestido y de nutrición. Es una necesidad común a todos los hombres, sin distinción de ingresos o de rangos. El debe, pues, recibir de una economía normal y dirigida hacia su propio fin, sobre todo con el concurso de la iniciativa privada, su legítima satisfacción.

La economía moderna, tan celebrada, tan orgullosa de producir cada vez más y cada vez mejor, cada vez más barato, no ha llegado, sin embargo, todavía a satisfacer esta necesidad real del hombre y, sobre todo, de la familia. Necesidad real y no ficticia, como se querría a veces insinuar, como si se las pudiera satisfacer ya con los tugurios de los primitivos nómadas, ya con el pisito elegante dotado de todo confort moderno, pero donde no hay sitio para el niño. Si, pues, la industria de la construcción ha de contribuir a estimular la economía moderna hacia una producción destinada a satisfacer las necesidades primordiales del hombre, en lugar de dejarse determinar por el movimiento accidental de los precios, habrá merecido bien su título de obra social, porque habrá conducido de nuevo la economía misma desde las desviaciones de una com-

petencia desorientada hasta el camino llano de la colaboración en un orden verdaderamente social.

Sin duda alguna, en las difíciles circunstancias del momento es muy difícil pensar que pueda llevarse a la práctica todo en el sentido que se desea. Sin embargo, algo es hoy ya realizable, y de todas maneras nada podrá quitar de los ojos el camino hacia la meta deseada.

La Iglesia, cuya doctrina social concede tanta importancia a los intereses de la familia, debe por eso mismo proponerse también el problema de una vivienda conveniente. ¿Qué estímulo, efectivamente, constituye esta necesidad de una casa para el progreso de la economía y de la técnica? Una economía y una técnica que se regulen de acuerdo con las necesidades primordiales del hombre no tienen que preocuparse por el número demasiado grande o demasiado pequeño de los habitantes.

Ciertamente, la cuestión de la casa no es el único objeto de vuestra competencia; pero sí es el que más estimula vuestra actividad, porque va unida a una de las necesidades elementales del hombre. Los demás objetos de vuestra actividad, más impresionantes acaso a primera vista, adquieren principalmente su valor por el hecho de que son medios de producción destinados precisamente a satisfacer estas mismas necesidades. Sin embargo, la extensión de los fines de vuestra producción no servirá más que para poner de relieve la importancia de vuestra labor dentro del cuadro general de la economía. Esto es lo que principalmente nos interesa cuando leemos las publicaciones de vuestra Comisión.

Nos hemos alegrado especialmente de hallar en ellas las muestras de vuestro asiduo esfuerzo en pro de la consolidación interior de vuestra institución. El perfeccionamiento de la técnica y de la organización del trabajo, las relaciones personales entre los diversos colaboradores de la profesión, el caer en la cuenta del sentido de la responsabilidad de cada uno en la ejecución de la labor común, el rendimiento suficiente del trabajo asegurado para todos, la formación profesional, la estabilidad del empleo, el reclutamiento de los aprendices: he aquí una serie de cuestiones que, por lo que toca a la doctrina social cristiana, merecen nuestra más benévola atención. No podemos menos de felicitarnos por haberlas estudiado con diligencia. También os damos afectuosamente las gracias por vuestra visita, y convencidos de la amplitud y de la importancia de la labor a que dedicáis los más serios cuidados y de la profunda conciencia con que os ponéis a ello, deseamos atraer sobre vuestro trabajo con nuestras plegarias la luz y la ayuda de la divina Providencia.

**S**OLAMENTE CRISTO puede alejar los funestos espíritus del error y del pecado que han sometido a la humanidad a una esclavitud tiránica y degradante, haciéndola sierva de un pensamiento y de una voluntad dominados y movidos por el ansia insaciable de bienes sin límite.

(Mensaje de S. S. Pío XII, en la Navidad de 1943)

# Discurso del Papa a los obreros de Civita Castellana

*El día 27 de marzo, Su Santidad recibió en audiencia a una peregrinación de 1.200 obreros ceramistas de Civita Castellana y pronunció ante ellos el siguiente discurso:*

Bien sabéis, amados hijos e hijas, el gozo paternal que experimentamos siempre que vemos venir a Nos a los trabajadores que, con valor a veces heroico, obedecen fielmente a la gran ley que gobierna la vida del hombre tras la caída original. «Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan» (Génesis, 3, 19). Pero nuestra alegría aumenta cuando el fruto de su trabajo manifiesta por su utilidad y por su belleza el amor con que ha sido realizado. Es precisamente el caso vuestro.

Sin duda ninguna, el trabajo muchas veces es penoso, y a veces sucede también que el trozo de pan que procura es bien mezquino. Hemos hecho y no dejamos de hacer cuanto podemos no sólo para ayudar a los necesitados, sino para hacer ver sus deberes y responsabilidades a aquellos que culpablemente se substraen a ellos, renovando con frecuencia nuestros severos avisos. Pero nuestra buena voluntad, como la de tantas personas de corazón y amantes de la justicia, choca no sólo con la inercia y la incompreensión de muchos, sino también con la voluntad deliberada de los explotadores de la miseria, los cuales, sin procurar ninguna ayuda eficaz, parece que no tienen otra mira que agravar el mal, reducir a la impotencia a los que quieren trabajar y a los que buscan el modo de procurarles un trabajo honestamente remunerativo, de excitar el descontento y empujarles a la desesperación con funestas consecuencias para los mismos intereses del trabajador.

Pero la fática más inhumana y antisocial es hacer odioso el trabajo. Ahora bien, el trabajo, aunque es cierto que muchas veces hace sentir la fatiga hasta dolorosa y áspera, sin embargo, en sí mismo es hermoso y capaz de ennoblecer al hombre, porque prosigue, en cuanto que produce, la labor iniciada por el Creador y forma la generosa colaboración de cada uno en el bien común.

Esta idea sería suficiente para hacer amable cualquier trabajo, hasta el más duro y monótono. ¡Pero cuánto más os debe sostener a vosotros en el mismo! Las muestras que con devoción filial nos habéis ofrecido nos lo están demostrando elocuentemente. Nos, que, a pesar de la lejanía, vivimos siempre con el corazón en medio de nuestros hijos, aplicados todo el día y a veces toda la noche a vuestro incansable trabajo, os contemplamos, artesanos de la cerámica, seguir con interés en cada una de sus fases de transformación de la materia entre vuestras manos y bajo la acción del fuego y contemplar luego con amor el fruto obtenido. Y esto es así para todos vosotros, es decir, no

sólo para los que ejecutan y producen esas maravillas artísticas, esas elegancias de forma, de dibujo, de reflejos metálicos, destinadas expresamente a la sana y regeneradora alegría de los ojos, sino para aquellas cuyos productos industriales adaptados a los usos domésticos alegrarán con la armonía y el buen gusto de sus líneas, con la brillante blancura de su esmalte, el hogar en donde mañana servirán.

Pero otra consideración aumenta todavía la belleza de vuestra labor. Vuestro arte, regional y tradicional hace tantos siglos, tiene el noble sello de todas las actividades que trabajan en la tierra. El agricultor la baña con su sudor y le confía la simiente para que, germinando en su seno, procure luego al hombre el pan nutritivo y la fruta sabrosa. El minero le arranca fatigosamente sus tesoros, profundamente escondidos, para provecho de la humanidad; pero también vosotros trabajáis la tierra para convertirla de gris e informe en útil, hermosa y brillante.

Todo esto es una realidad material, pero encierra también una imagen. Jesús, el divino Maestro, tenía gusto de enseñar por medio de parábolas (confróntese Marcos, 4, 2, y 33, 34). El comparó nuestras almas con la tierra, donde él siembra los dones de la naturaleza y de la gracia, mientras que a nosotros nos toca hacerlos fructificar. No tenemos derecho a dejar que duerman inútiles para nosotros y para los demás los talentos recibidos, de los que El nos pedirá cuenta. Esta tierra la trabaja El mismo y nos enseña a trabajarla con El. El la amasa en las vicisitudes cotidianas de la vida; la somete al fuego de la prueba para hacer hasta de las almas más humildes y más miserables a los ojos de los hombres una obra maestra suya. Si en vuestras fábricas la tierra pudiera hablar, ¿creéis que se lamentaría del vigor de los dedos que la modelan y que gemiría ante la caricia abrasadora del fuego que da a su solidez belleza y esplendor?

Alzad, pues, los ojos al Señor. Pedidle socorro, ayuda y consuelo; tened confianza en él. Su mano es fuerte, pero es mano de padre amantísimo, y el fuego por el que os hace pasar es el fuego de su amor. Abandonaos dócilmente a su acción y hallaréis aquí en la tierra la paz, una paz a veces austera, pero siempre paz, que por fin se desplegará un día en la luz sin sombras y en la felicidad sin fin.

Con este deseo os damos a todos vosotros, a vuestras familias, a todos los que amáis, con efusión de corazón, nuestra paternal bendición apostólica.

**S**OLAMENTE CRISTO, que nos ha libertado de la triste servidumbre de la culpa, puede enseñar y allanar el camino hacia una libertad noble y disciplinada, apoyada y sostenida sobre una verdadera rectitud y conciencia moral.

SOLAMENTE CRISTO, sobre cuyos hombros reposa el principado, con su omnipotencia y su auxilio puede levantar y sacar al género humano de las angustias sin nombre que lo atormentan en el curso de la vida presente, y encaminarlo hacia la felicidad.

(Mensaje de S. S. Pío XII, en la Navidad de 1943)

# El martirio de China

## II (\*)

### ¿Qué objetivos persigue el comunismo?

Existe un marcado interés en estos últimos tiempos, a partir de la derrota del Imperio japonés, en hacer creer que el comunismo chino es fundamentalmente distinto y en cierto sentido opuesto al programa ideológico del comunismo internacional. Según esta versión, ni China ni el mundo civilizado nada tienen que temer de un posible triunfo de los ejércitos rojos, ya que, en definitiva, sus dirigentes limitan su acción al campo económico, facilitando un mayor nivel de vida a la masa obrera y campesina del país. Al mismo tiempo, la victoria de los comunistas haría desaparecer hasta sus cimientos el estado de cosas creado por los políticos del Kuomintang, superándose el ambiente de inmoralidad y el profundo caos que reina actualmente en la nación, y que es, en definitiva, según tales fuentes, la causa primaria de su precaria situación y el factor esencial que imposibilita una estructuración eficaz en los planos político y social.

Esta visión interesada del problema interno en que se debate China, ha sido el pretexto invocado en las altas esferas gubernamentales de Norteamérica, para cerrar sus oídos a las insistentes llamadas de auxilio del gobierno de Nankín, incapaz de hacer frente con sus propios y limitados medios a las enormes masas de hombres, perfectamente disciplinadas, que desde Manchuria avanzan incontenibles hacia el sur, desparramándose en todas direcciones hasta amenazar las principales ciudades y los centros de comunicaciones vitales para el desarrollo del país.

¿Qué hay detrás de este afán propagandístico encaminado a desvirtuar el peligro que se cierne sobre la civilización cristiana, si logra el comunismo completar la conquista total de China? ¿Qué intereses favorecen fuera del mundo soviético la entrega de China a los mandatarios del Kremlin?

Mientras tanto, por debajo de alegres y desenfadadas interpretaciones, se desarrolla el plan inicuo, arteramente silenciado por gran parte de las mayores agencias informativas, contra la sacrosanta religión de Cristo mediante la persecución cruenta y despiadada que contra la Iglesia Católica, sus ministros y sus fieles, ha desencadenado el dulce y tolerante comunismo en aquellas regiones de China sometidas a su tiránico dominio.

Como si existiese algún específico proyecto de aniquilamiento, los jefes rojos realizan e impulsan las mayores violencias para hacer desaparecer hasta las trazas de la gran obra realizada por los misioneros católicos, y cuyo coronamiento explícito lo realizó Su Santidad el Papa Pío XII, felizmente reinante, al investir con la sagrada púrpura cardenalicia al Vicario Apostólico de Tsingtao, Monseñor Tomás Tien, promovido más tarde a la sede arzobispal de Pekín, y al instituir, el 11 de abril de 1946, la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, la Jerarquía Episcopal en China.

Hay momentos en que parece que la verdadera finalidad de la guerra civil provocada por el comunismo, sea la de destruir la floreciente Iglesia edificada sobre la sangre de tantos y tantos apóstoles misioneros que dieron sus vidas por la conversión de China, imposibilitando así la heroica y abnegada labor que tan hermosas y esperanzadas

doras perspectivas ofrecía para una futura conversión del país.

El saqueo, el incendio, la prisión, el tormento, la muerte, todas las armas, todos los medios, en fin, han sido y son empleados por los comunistas para ahogar la obra evangelizadora y hacer desaparecer el magnífico núcleo de la comunidad indígena de católicos, simiente cultivada para un mañana que se presentaba con las mayores y más firmes posibilidades.

Así, han sido prácticamente desorganizadas diócesis enteras; dispersadas comunidades florecientes; cerradas casas de misión, y barridos por el furioso temporal rojo los frutos conseguidos por el trabajo ininterrumpido de largos lustros.

Pero, ¿qué importa para un mundo materializado todo esto? Y, sin embargo, el extraño comportamiento de los poderosos de la tierra hace temer que tal vez ese afán persecutorio sea, quizás, para ellos, el verdadero objetivo de sus ansias, de su conducta y de sus tenebrosos desig-nios.

### Destrucción sistemática y premeditada de las misiones

Sobre un territorio que se extiende en una superficie de once millones de kilómetros cuadrados viven en China más de 450 millones de habitantes, de los cuales, en cifras redondas, cuatro millones profesan y practican la verdadera religión. Los fieles católicos se hallan repartidos en desigual proporción entre las veinte provincias eclesiásticas; sin embargo, desde los ochocientos mil residentes en la provincia de Hopeh, archidiócesis de Pekín, hasta los escasos cuarenta mil que pueblan la provincia de Kweichow, archidiócesis de Kweiyang, no existe región en la que no haya una importante comunidad católica que cuidar, ni un catecumenado floreciente que instruir y bautizar. Más de cinco mil sacerdotes, de los que dos quintas partes pertenecen al clero indígena, tienen a su cuidado no sólo la conservación de estas comunidades, sino también la propagación del Evangelio entre las masas sumidas en el error. En esta ímproba tarea se hallan asistidos por unos mil trescientos hermanos legos (entre ellos, cerca de setecientos indígenas), y más de seis mil religiosas, de las cuales más de la mitad son naturales del país.

El estado floreciente de la Iglesia católica en China, esquematizado en brevisima síntesis en las anteriores líneas, representaba no solamente un hecho consolador, sino que, en las especiales circunstancias de la postguerra, constituía, con la ayuda de la divina gracia, una esperanza altamente consoladora.

Pero la importancia extraordinaria que podía tener para la humanidad entera la existencia de una China católica, adelantada mayor de la fe de Cristo y de la auténtica civilización entre las naciones del Asia sumidas en gran parte en la idolatría y en la infidelidad, no podía pasar inadvertida a quienes sistemáticamente tramaban sus maquinaciones contra el Reino de Dios.

Y la horda roja lanzada en inagotable torrente sobre el país ilusionado todavía en la aurora feliz de un despertar tranquilo, después de las duras y sangrientas eta-

(\*) Véase el número anterior de CRISTIANDAD, págs. 186-87.

## A LA LUZ DEL VATICANO

pas vividas durante larguísimos años, parece ser el mejor instrumento hurdido por mano diabólica para arrasar la paciente labor de los misioneros y romper el signo sacrosanto de nuestra redención, levantado ya en todas las regiones del país.

«Destrucción sistemática y premeditada de las misiones», se ha dicho, como si los ejércitos comunistas tuviesen señalado como objetivo esencial de sus conquistas, no ya las instituciones y organismos creados por el gobierno nacionalista, antes bien, las iglesias y centros de instrucción y beneficencia fundados por la caridad inagotable de la Iglesia de Cristo. Persecución sañuda y violenta. Tal es la mayor empresa que vienen realizando sistemáticamente los dirigentes rojos en la martirizada China.

«En toda la China roja —ha escrito un autorizado cronista —las condiciones de las misiones católicas son trágicas. Es la destrucción sistemática y premeditada de las misiones: incendios voluntarios, como en la Trapa de Yang-kia-ping; destrucciones metódicas a golpe de pico, como en Yen-sceng, en el Kiangsu septentrional. Es la deportación de los misioneros, religiosos y religiosas, nacionales y extranjeros, hacia lejanas regiones: la cortina de hierro se baja, y sobre su suerte se cierne una noche sepulcral. ¿Viven todavía algunos de aquellos que el ejército rojo se ha llevado hace más de un año de la región de Haichow o últimamente de la región de Sce-fu?» (7).

Y prosigue el cronista: «Son las prisiones y los trabajos forzados, como en Taming o en Sienh-sien. Son los malos tratos y los tormentos, como aquellos que han causado la muerte de doce frailes de la Trapa, ocho chinos y cuatro extranjeros. Son los procesos públicos, las procesiones infamantes, las multas exorbitantes, como en King-shien o en Suen-te-fu. Tal es la inacabable letanía de los horrores que todos los días realizan los rojos. Puede notarse que no se ha hecho ninguna excepción para los sacerdotes y religiosas nacionales. Chinos y extranjeros sufren el mismo trato, padecen juntos, dan juntos la sangre y la vida por Nuestro Señor Jesucristo. Sublimes son los actos de estos martirios, como el gesto del sacerdote de la Trapa francés que se hizo pasar por Superior de la comunidad y ha sufrido el tormento en lugar de su hermano de religión chino.»

### ¿Los comunistas adalides del progreso y de la paz?

Multitud de misioneros han sido víctimas de los comunistas. De muchos de ellos se desconoce su actual situación, pues las noticias que llegan de varias regiones sujetas a los rojos, son escasas y deficientes. No obstante, los datos que se poseen pueden darnos una idea bastante acabada de las características espeluznantes que reviste el odio contra la Iglesia de Cristo, y que se traduce en los inenarrables tormentos de que son objeto sacerdotes, religiosos y aun los sencillos seglares que valerosamente hacen pública manifestación de su fe.

En Manchuria fué asesinado el sacerdote chino Mauro Pai, de la diócesis de Fushun. El Obispo de Yenky, Monseñor Breher, fué encarcelado juntamente con diecinueve religiosos benedictinos y trece religiosas. En Kiamusze y Tsitsihar, los comunistas detuvieron a los respectivos Pre-

fectos Apostólicos y a gran número de misioneros, algunos de los cuales han sido deportados.

En la provincia de Jehol se cuentan varios casos de martirio. Al P. Pedro Chang se le hizo objeto de grandes tormentos, cortándosele finalmente las piernas, sucumbiendo poco después en Meiling-tze. Siete cristianos, de los cuales tres mujeres, fueron atados a sendas bestias y arrastrados bárbaramente por el suelo hasta que exhalaban su último suspiro. Un sirviente de la misión fué torturado con un hierro candente aplicado sobre el pecho y en los brazos. En la Prefectura Apostólica de Chihfeng, tres sacerdotes indígenas y diez cristianos fueron violentamente arrastrados por el suelo; lo mismo ocurrió en Lintung, en donde el sacerdote Pablo Ho y cuatro cristianos han sido objeto de idéntico martirio y rematados después con armas de fuego.

En la provincia de Hopeh, cinco Obispos y trescientos misioneros han sido expulsados de sus misiones. Los setenta y cinco trapenses del monasterio de Yang-kia-ping, que según anteriormente queda reseñado fué incendiado por los revolucionarios, quedaron en poder de las tropas comunistas; se sabe con certeza que veinte cayeron asesinados, cinco de ellos machacada la cabeza con repetidos golpes de grandes piedras. En la diócesis de Yungping, el jefe de la comunidad cristiana fué fusilado y dos jóvenes de la misma colgados de un árbol; uno de ellos pudo ser todavía salvado. En la prisión de Sienhsien, los comunistas encarcelaron a ochenta y cuatro misioneros jesuitas y religiosas.

En Shensi, el P. Leonides Bruns, franciscano, fué llevado por los rojos ante un tribunal «popular», improvisándose un simulacro de juicio, en el transcurso del cual cayó asesinado por los golpes de palo y bayonetazos que se le inflingieron. El último misionero que quedaba en la diócesis de Shohchow ha sido detenido y encarcelado.

En Shantung, dos sacerdotes de la diócesis de Chefoo y veinte cristianos han sido, asimismo, asesinados. En la Prefectura Apostólica de Lintsing, el sacerdote chino P. Tchen sucumbió a causa de las heridas recibidas por los golpes de hacha y martillo con cuyos instrumentos fué bárbaramente martirizado. El sacerdote Ly murió decapitado.

Otros numerosos casos podríamos señalar en casi todas las diócesis y Prefecturas Apostólicas que han pasado a formar parte violentamente del conglomerado comunista chino, pero lo referido es suficiente para darse cuenta de la política de opresión y exterminio practicada por los «salvadores» de China.

Y el mundo, que se conmueve y agita por las noticias más insignificantes; y la prensa y las emisoras de radio que con porfiada insistencia pregonan el suceso más trivial o la consigna irresponsable, callan, en su mayor parte, la espantosa tragedia en que se halla sumida gran parte de la China, llegándose hasta a glorificar, o excusar al menos, a sus bárbaros autores con pretextos varios, pero que en el fondo indican solidaridad con los principios antirreligiosos de los que aquéllos se han hecho portaestandartes.

¿Son tal vez los comunistas chinos los representantes del progreso y los adalides de la paz en Asia de que nos hablaba el señor Byrnes, y de cuya amistad depende la defensa y seguridad de Norteamérica y aun la tranquilidad y el orden del mundo entero?

José-Oriol Cuffi Canadell

(7) «La Civiltà Cattolica», 1948, vol. I, págs. 222 y 223.

## ORIENTACIONES



## BIBLIOGRAFICAS

**FILOSOFIA DE LA CONQUISTA** (La filosofía política en la Conquista de América), por Silvio Zavala. — Colección «Tierra Firme», Fondo de Cultura Económica, México.

Como premisa a la consecuencia que Zavala quiere sacar en su obra, tiende a demostrarnos que la tradición política española defendió ardientemente la libertad. Muchas preclaras inteligencias patrias pueden colocarse en la primera fila de nuestros campeones por la noble idea. Reyes, teólogos, juristas, pensadores, literatos y el mismo pueblo español consiguieron aunarse, ¡ejemplo magnífico de unidad!, en un gran propósito común: la salvaguarda de la libertad, como una de las más inapreciables joyas conservadas para el logro del bien común y la grandeza de los reinos hispánicos. No de otra manera podía ser una nación tan católica.

Refiriéndonos al Nuevo Mundo, y como suma y compendio de las doctrinas entonces profesadas, bastará citar dos elocuentes hechos. Siguiendo la trayectoria impuesta por los Reyes Católicos, su nieto Carlos I, el Emperador, publica unos decretos, luego recogidos en la «Recopilación de Leyes de Indias» en los cuales manda «que los indios sean libres, y no sujetos a servidumbre», y al que esto no cumpla «incurra en perdimiento de todos sus bienes», y a los Justicias que sean remisos en «inquirir y castigar con todo rigor» lo que la Ley dispone, sufran la «pena de privación de sus oficios y cien mil maravedís».

El otro hecho al que queremos aludir son las vicisitudes por las que pasó el «*Democrates alter*», de Ginés de Sepúlveda, donde se defendía la servidumbre de los indios que resistiesen a los españoles. El Consejo de Indias negó su autorización para imprimir el libro. Su autor lo envió luego al Consejo Real de Castilla, el cual, después de consultar a las Universidades de Salamanca y de Alcalá, negó también el permiso. Sepúlveda, hombre de formación renacentista que frecuentó los círculos italianos donde se incubaba el nuevo pensamiento, consiguió imprimir su libro en Italia. Después publicó un sumario en castellano, que fué recogido por orden del Emperador Carlos.

Tras de destacar nosotros estos hechos, que estimamos suficientes para plasmar el espíritu de nuestros antepasados, incluso en épocas calificadas de «absolutistas», pasemos a analizar la exposición de Silvio Zavala. La demostración de que en el pasado español se defendía la libertad gira, como eje principal, alrededor de Fray Bartolomé de Las Casas, Obispo de Chiapa. Aunque no omite Zavala resaltar la importancia de otros muchos pensadores notables, estimamos, con todo, erróneo y peligroso fundamentar la base con Las Casas. Muy discutido ha sido el fraile apologeta, y sin restarle méritos y alabanzas a su laudabilísimo espíritu, diremos que incluso los mejores defensores contemporáneos que ha tenido reconocen que hubo en él exageraciones e injusticias. La historia, además, ha demostrado que generalizó simples casos particulares, que fueron excepción en el normal proceder de los españoles. El propio Silvio Zavala se ve obligado a calificar de «habituales» las exageraciones de Las Casas y a decir, en la página 57 de su libro y refiriéndose a fray Juan Quevedo, Obispo de Darién: «Las ideas de Quevedo encontraron una firme oposición por parte de Las Casas, quien no parece haberlas estudiado con sumo cuidado.» ¿Un hombre como Fray Bartolomé de Las Casas, exaltado y ligero, puede tomarse, aun sin discutir la excelsa bondad de sus

propósitos, como punto principal para mostrarnos una España enamorada de la libertad?

A otros muchísimos testimonios pudiera haber acudido el historiador mejicano para sus aseveraciones. Si bien algunos de éstos, y principales, quedan referidos en su obra, bien pudiera haberlos valorado más, por su mayor solidez y veracidad frente a Las Casas.

Sin embargo, no podemos dejar de aplaudir la recta y loable intención de Zavala al demostrar las falsedades de una «leyenda negra» y probar que la grandeza de España supo compenetrarse íntimamente con el noble ideal de la libertad.

Reconociendo esto, y no regateándole por ello nuestros plácemes, veamos los gravísimos inconvenientes y el gravísimo error que observamos en la idea central de su libro. Sobre la cual nos dice, en la «Advertencia» preliminar: «Creemos descubrir las raíces de una inclinación favorable a esa prerrogativa humana (la libertad) desde que ocurre el primer contacto del Nuevo Mundo con la cultura de Europa. Si esta suposición es correcta, y si las pruebas en que descansa resisten a la crítica y al tiempo, se podrá extender la historia de nuestro liberalismo a campos más amplios y a épocas más remotas.» Para añadir en la «Conclusión»: «La difusión de la idea de libertad cristiana en las universidades de las Indias, la familiaridad con las leyes inspiradas en el mismo pensamiento, y hasta el reflejo de aquel holgado principio en la vida de la sociedad, pueden considerarse como factores que contribuyeron a fomentar nuestro liberalismo íntimo (...). Quienes desde la época de la contienda por la independencia vienen defendiendo la concepción liberal de la vida, no tienen que renegar del pasado hispanoamericano en su conjunto, pues contiene valores capaces de suministrar apoyo y estímulo a esa misma defensa.»

En definitiva, Zavala hermana el liberalismo con la tradición española de libertad. Y he ahí el capital error. ¿Puede, en conciencia, decirse que los grandes defensores españoles de la libertad, un Vitoria, un Suárez, un Báñez, un Acosta, un Soto, un Ignacio de Loyola, un Vives, fueron liberales? ¿No es su ideología precisamente la opuesta al pensamiento de las «luces» enciclopédicas?

Que la vieja España fuese defensora de la libertad, nadie honradamente puede dudarlo hoy. Como tampoco nadie puede dudar que el concepto de libertad que tenían los españoles era el católico. Los antiguos españoles no entendieron nunca la libertad al modo liberal, porque éste tiene más de licencia y libertinaje que de verdadera libertad. Mucho podríamos decir sobre el particular, pero nos bastará preguntar: Los Sumos Pontífices, indudables y autorizadísimos campeones de la libertad cristiana, ¿no han condenado repetidas veces al liberalismo, incluso al liberalismo católico? ¿Cómo va a compaginar Zavala, con sus afirmaciones, el «Syllabus» con la «Libertas» y los conceptos, en esta última expresados, sobre la verdadera y la falsa libertad?

La libertad liberal no puede identificarse con la libertad cristiana, como no pueden congraciarse la mentira y la verdad. Por eso la afirmación de Zavala es, cuanto menos, un sofisma. Y si su intención es buena, como creemos sinceramente, ¿por qué dar pie a confusionismos deplorables y no decir las cosas por su nombre? ¿Por qué un católico no puede pregonar a los cuatro vientos que es un enamorado de la libertad al mismo tiempo que reprobaba, con la Iglesia, al liberalismo?

Luis Luna

## DE ACTUALIDAD

## La masonería mejicana reivindica para la secta la inspiración de las revoluciones modernas

Un pequeño incidente ocurrido en el llamado hemicycle de Juárez de Méjico —la colocación de una capucha negra sobre la cabeza de Benito Juárez por un miembro de las Juventudes Sinarquistas— dió pretexto a los comunistas mejicanos para provocar una campaña de agitación antirreligiosa desde las columnas de sus periódicos, a la que se sumaron bien pronto todos los grupos revolucionarios y liberales de aquella nación. El incidente se produjo el domingo día 19 de diciembre pasado, y el día 26 se celebraba en dicho hemicycle una reunión convocada conjuntamente por el partido comunista, los Veteranos de la Revolución, los liberales, la masonería, etcétera, durante la cual se pronunciaron varios discursos ante un insignificante grupo de ciudadanos —no llegaría a trescientos— que acudieron al acto de desagravio al líder revolucionario.

El tono de los discursos fué de un furibundo anticlericalismo, no faltando los más exaltados insultos y ataques a la Religión, a la Santísima Virgen de Guadalupe y a Su Santidad el Romano Pontífice. Cabe destacar que en el transcurso de la disertación de Sánchez Tapia, uno de los dirigentes revolucionarios, éste llamó al Presidente de la República, Miguel Alemán, «nuestro hermano», en la significación que se emplea esta última palabra en el vocabulario de las logias.

Por cierto que el incidente ha sido aprovechado por las organizaciones masónicas para salir un momento de sus antros y dejar constancia de su presencia en la vida de Méjico y de su tenebrosa influencia en los destinos nacionales y en los momentos críticos de la historia mundial contemporánea. Así, la «Asociación Masónica Mexicana» dió a la publicidad un largo manifiesto, cuyo texto reproducimos a continuación como señal inequívoca de la ininterrumpida actividad de la secta. Dice así:

«A TODOS LOS TRABAJADORES DE MEXICO. CIUDADANOS: SALUD, FUERZA, UNION. Las Logias Masónicas de todo el mundo, siempre han trabajado sin descanso alguno porque los Principios Constitucionales del pueblo sean respetados por todos los habitantes de todas las naciones de la Tierra.

»Aquí en México, las Logias Masónicas fueron precursoras de la Guerra de la Independencia en 1810, con el Ilustre Hermano Miguel Hidalgo y Costillo a la cabeza, para libertarnos del Coloniaje Español, que ya llevaba 400 años de ignominiosa explotación del pobre pueblo mexicano.

»En 1857, fueron las Logias Masónicas, el sostén incontrastable del Ilustre Hermano Benito Juárez, para la proclamación de la Constitución; para lograr la ejecución de las Leyes de Reforma, y para la liberación del pueblo mexicano del invasor francés, dando al traste en el Cerro de las Campanas con la ejecución de Maximiliano, con el imperio extranjero, establecido en México por los malos mexicanos.

»En 1910, fueron las Logias Masónicas las que apoyaron incondicionalmente al Ilustre Hermano Francisco I. Madero en su movimiento Revolucionario, progresista y reivindicador del pueblo mexicano, con el Plan de San Luis que luchaba por un México mejor.

»En 1917, fueron las Logias Masónicas las que apoyaron al Querido Hermano Luis Manuel Rojas, Gran Maestro, a fin de que plasmaran en la Constitución los altos y nobles ideales masónicos de «Libertad e Igualdad»; Libertad Política para consolidar la soberanía del pueblo mexicano; Libertad de Conciencia para separar al Estado y al Gobierno de la tutela y dominación Eclesiástica Nacional y Extranjera; Libertad de Palabra; de Prensa

y de Asociación, para garantizar el progreso orgánico de la Democracia y de la Revolución Social, que tiene por objeto la emancipación económica y política del pueblo mexicano, pero no para frenar con mentiras y patrañas pseudorreligiosas el progreso social, económico, político y cultural del pueblo mexicano.

»En 1776, fueron las Logias Masónicas de Norte América las que respaldaron incondicionalmente a Jorge Washington en contra del Imperio Británico para crear una nueva nacionalidad. En Francia, en 1787, fueron las Logias Masónicas las que trabajaron por derrocar a la Monarquía Imperialista y establecer la República Constitucional del Pueblo. Fueron las Logias Masónicas las que ayudaron a Bolívar, a Sucre, a San Martín y al propio José Martí, para que trabajara denodadamente por la emancipación social, económica y política de sus respectivas nacionalidades. En China, fueron las Logias Masónicas organizadas por Sun Yat Sen los que pusieron fin al Imperio de los Manchús y dieron principio a la República Constitucional del Pueblo, por el Pueblo y para el Pueblo.

»Las dos grandes Guerras Mundiales que acaban de terminar con una espantosa matanza de hombres, mujeres y niños, provocadas por los reaccionarios, han consagrado en sus Cartas Internacionales, como la de la Liga de las Naciones y la de las Naciones Unidas, los principios sacrosantos de Libertad, Igualdad y Fraternidad, por los cuales se han debatido todos los insurgentes y libertadores de todas las Naciones de la Tierra.

»Tomando en cuenta todo lo anteriormente expuesto, es imposible que las Logias Masónicas que actualmente operan en la República Mexicana, permanezcan calladas ante el espantoso espectáculo llevado a cabo el domingo, 19 de los corrientes, en el «HEMICICLO A JUAREZ», en donde se vió palmariamente que los directores del Sinarquismo actual, heredero de los cristeros de ayer y de los traidores que acompañaron a Maximiliano en el Cerro de las Campanas, pretende ensangrentar nuevamente el país, como lo ha venido haciendo desde ha-

(En el periódico de que tomamos el presente texto faltan las palabras finales de este párrafo.)

»Los ultrajes proferidos por los directores del Sinarquismo cristero, clerical, contra nuestra historia, no podrán quedar impunes y tendrán que ser castigados de acuerdo con las Leyes del país sobre disolución social y consignados a la Procuraduría General de Justicia de la Nación, para que proceda con estricto apego a las Leyes sobre la materia, ordenando la cancelación del registro del Partido «FUERZA POPULAR», así como el de «ACCION NACIONAL», e igualmente la disolución de la UNION NACIONAL SINARQUISTA por ser totalmente contrarias a los intereses nacionales consignados en nuestra Constitución. Por tanto, hay que pedir al Ejecutivo Federal la consignación de los hechos para su castigo y corrección.» ASOCIACION MASONICA MEXICANA. El Presidente, Rafael Mallón. El Secretario, Adolfo de la Peña Gil. Dirección, Sadi Carnot, n.º 75.

El anterior texto que copiamos del periódico «El Popular» de Méjico, correspondiente al día 26 de diciembre del pasado año, demuestra el grado de influencia jactanciosa de la masonería mejicana, que sin subterfugios reivindica para la secta: la preparación de la trágica revolución que viene sufriendo aquella noble nación hermana; la revolución de Francia de 1789; el movimiento de independencia norteamericano dirigido por Jorge Washington, y la inspiración de las Cartas fundamentales de la Sociedad de Naciones y de las Naciones Unidas.

Y esto a pesar de algunos que sostienen que la existencia de la masonería es un mito, y que tratan de ingenuos a los que creemos en sus turbios manejos y tenebrosas maniobras, tal como Su Santidad el Papa León XIII, en su Encíclica *Humanum genus*, instruyó sobre el particular al pueblo cristiano.

J. O. C.

CON CENSURA ECLESIASTICA

# El Liberalismo es pecado

*Dr. D. Félix Sardá y Salvany*

Obra que, a pesar de haberse escrito hace más de cincuenta años, conserva toda su actualidad

PIDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION  
Precio especial para nuestros suscriptores:

**4 ptas. ejemplar**

# INASA

Inmuebles y Aprovechamientos Hidráulicos, S. A.



San Francisco, 14, pral., 1.º  
TARRAGONA

## Nota de la Administración

Distribuidos ya los índices correspondientes al año 1948 nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que en años anteriores, nos encargamos de la encuadernación de los números.

A este objeto puede remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono

**22446**

y les serán recogidos en su domicilio.

El precio es de 25 ptas.

LA ADMINISTRACION

## Algunos juicios críticos sobre el libro La cuestión de Palestina

«Por encima del confucionismo presente sobre la cuestión de Palestina, el folleto de Cuffí viene a recordar el sano y exacto criterio católico, único que puede dar luz y solución al arduo problema».

Luis Luna. CRISTIANDAD, 1.º de abril de 1949

«El apasionante problema... cobra, gracias a la labor de Oriol Cuffí, una viva expresión en la que la suma de elementos constituyentes — elemento jurídico, elemento social, elemento político — son desmenuzados y examinados con espíritu sintético y variedad erudita».

EL CORREO CATALÁN, 12 de abril de 1949

«Creemos sinceramente que esta obrita, pequeña por su volumen, pero grande por su enjundia, debe ser por todos leída y meditada».

DIARIO DE BARCELONA, 22 de abril de 1949

*Pida*

## La cuestión de Palestina

de JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y EN LA ADMINISTRACIÓN DE «CRISTIANDAD»

PRECIO: 5 Ptas.

# COMPRAMOS

a 5'50 ptas. los siguientes ejemplares:

## Año 1945

N.º 19, 20, 21, 26, 28, 39

## Año 1946

N.º 43, 48, 58 - 59, 63

## Año 1947

N.º 67, 78

Indices de los años 1944 y 1945  
a 2' - ptas.

Llame al teléfono **22446**

La Administración



*Visite las Cuevas  
de Artá*

# CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

## *Suscripción:*

Anual . . . 100'00 ptas.

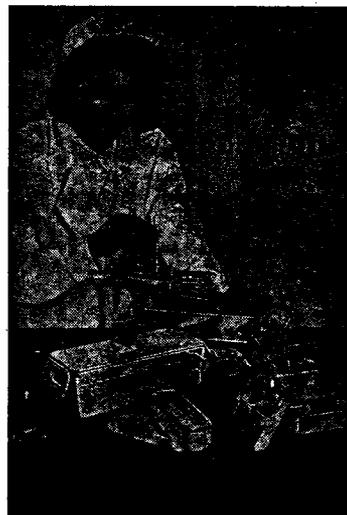
Semestral . 50'00 "

Trimestral . 25'00 "

■  
Número ordinario . . . 5<sup>25</sup> pts.

Encuadernar . . . . . 25 >

Tomo encuadernado . 125 >



*Talleres*

# NOTARIO

INDUSTRIA MECANICA

CADENAS, PEDALES  
y CARRETES para  
bicicletas, marca  
« NOTARIO »

Calle Sagrañes, 22 - Tel. 31560 - BARCELONA (Sans)